

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

ÍNDICE

<i>Jornada primera</i>	253
<i>Jornada segunda</i>	284
<i>Jornada tercera</i>	311

Personas que hablan en ella

DON HIPÓLITO

DON JUAN

DON PEDRO

PERNÍA

ARCEO

DON LUIS

DOÑA CLARA

DOÑA ANA

DOÑA LUCÍA

INÉS, *criada*

JORNADA PRIMERA

Sale don Juan, embozado, y Arceo, gracioso, con una bujía en un candelero.

ARCEO Ya he dicho que no está en casa
mi señor, y es —caballero
o fantasma, o lo que sois—
en vano esperarle, puesto
que no sé a qué hora vendrá
a acostarse.

DON JUAN Yo no puedo
irme de aquí sin hablarle.

ARCEO Pues en el portal sospecho
que estaréis mucho mejor.

DON JUAN Mejor estaré aquí dentro.

ARCEO Muerto de capa y espada,
que tan pesado y tan necio
has dado en andar tras mí,
rebozado y encubierto,
agradécelo al Señor
que te tengo mucho miedo,
que si no, yo te pusiera
a cuchilladas muy presto
en la calle.

DON JUAN No lo dudo;
mas no os turbéis, de paz vengo.
De don Pedro soy amigo,
sosegaos.

ARCEO ¡Lindo sosiego!

DON JUAN Y sentaos aquí.

ARCEO Yo estoy
en mi casa, y si yo quiero
me sentaré.

DON JUAN Pues estad
como quisiéredes.

ARCEO Cierto
que sois fantasma apacible
y que tenéis mil respetos
del Convidado de Piedra.

DON JUAN Decidme, ¿qué hace don Pedro
fuera de casa a estas horas?
¿Diviértele amor o juego?

ARCEO Juego o amor le divierte.

DON JUAN Todo es uno, a lo que pienso,
pues amor y juego, en fin,
son de la fortuna imperios.
¿Anda de ganancia agora?

ARCEO Yo de pérdida me veo.

DON JUAN ¿Está desfavorecido?

ARCEO No lo sé.

DON JUAN Pues, ¿sus secretos
no fía de vos?

ARCEO No fía,
sino presta algunos de ellos.
(¿No bastaba entremetido,
sino preguntón?)

Sale don Pedro.

DON PEDRO ¿Qué es esto?

ARCEO [*A don Juan.*] Esperad en hora mala
en la calle o el infierno,
si no queréis...

DON PEDRO Dime, loco,
¿qué ha sido?

ARCEO Vienes a tiempo,
que si un poco más te tardas,
a ese embozado, sospecho

que le echo por la ventana
tan alto, que deste vuelo,
ya que no siete-durmiente,
uno-volante, primero
que volviera, se mudaran
los trajes y los dineros,
y se hablaran otras lenguas.

DON PEDRO ¿Quién es?

ARCEO No lo sé, mas pienso
que es algún hombre casado
que viene a verte encubierto,
pues no se ha dejado ver
la cara.

DON PEDRO Pues, caballero,
¿a quién buscáis así?

DON JUAN A vos.

DON PEDRO Decid: ¿qué queréis?

DON JUAN Dirélo
en quedando solos.

ARCEO ¿Ves
si digo bien?

DON PEDRO Majadero,
salte allá fuera.

ARCEO En buen hora.
(Mas aunque ir a hablar tengo
con doña Lucía, la dueña
de mi vecina, más quiero
ser hoy criado que amante,
y he de estar aquí, por serlo,
escuchando cuanto digan.)

Vase.

DON PEDRO Ya estoy solo, y sólo espero
que me digáis qué queréis.

DON JUAN Cerrad la puerta.

DON PEDRO Suspenso
me tenéis. Ya está cerrada.

- DON JUAN Pues agora, a esos pies puesto,
 me dad, don Pedro, los brazos.
- DON PEDRO ¡Don Juan, amigo! ¿Qué es esto?
 ¿Cómo os atrevéis a entrar
 así en Madrid, sin que el riesgo
 de vuestra vida miréis?
- DON JUAN Como la muerte no temo,
 así no guardo la vida;
 que ya, de tratarlas, tengo
 con la compañía perdido
 a mis desdichas el miedo.
Ya sabéis —como quien fue,
 por la vecindad, tercero
 de mi desdichado amor
 aquel venturoso tiempo—
 que amé a doña Ana de Lara,
 cuyo divino sujeto
 se coronó de hermosura,
 se laureó de entendimiento.
Ufano con mi esperanza
 y con su favor soberbio
 viví; en esto no me alabo,
 antes me desluzgo en esto;
 que en materia de favores
 es tan desdichado el premio,
 que es el que le goza más
 el que lo merece menos.
Ya sabéis que, viento en popa
 este amor, este deseo,
 en el mar de la fortuna
 tuvo de su parte el cielo,
 hasta que, alterado el mar,
 el bajel del pensamiento
 en piélagos de desdichas
 corrió tormenta de celos.
Una noche... Ciegamente
 lo que vos sabéis os cuento,
 pero dejad que lo diga,

ya que es el pesar tan necio
que repetirle el dolor
es repetirle el consuelo.
Una noche, pues, salí
de su casa yo, creyendo
que para mí solo estaba
el falso postigo abierto
de un jardín, cuando, llegando
a abrirle —¡ay Dios!— por de dentro,
hacia la parte de fuera
torcer otra llave siento.
Suspendo la acción, y a un lado
me retiro, por si puedo
mis celos averiguar,
si es que han menester los celos,
para estar averiguados,
más diligencia que serlo.
Entreabrieron el postigo,
y a la poca luz que dieron
las estrellas en la calle,
entrar solo un hombre veo
que, sin luz y sin razón,
andaba dos veces ciego.
Bien le pudiera matar
a mi salvo entonces, pero
quise apurar la malicia
a mis desdichas, y quedo
me estuve un rato. ¡Mal haya
tan curioso sufrimiento!
Él, tentando las paredes,
que no estaba, no, tan diestro
como yo en ellas, que había
estudiádolas más tiempo,
llegó a tropezar en mí,
y, desalumbrado, viendo
que había gente en el portal,
dijo atrevido y resuelto:
«No puede haber aquí nadie

que matarlo o conocerlo
no me importe; otro no tenga
las dichas que yo no tengo».
No sé qué le respondí,
y los dos con un esfuerzo
hasta la calle salimos,
donde solos cuerpo a cuerpo
reñimos, hasta que igual
partió la fortuna el duelo
entre los dos, ¡ay de mí!
pues a quien me dio primero
celos, le di yo la muerte,
como quien dice: «Hoy intento
que sea paz de vuestra lid,
o morir, o tener celos»;
y dándome lo peor,
quedé celoso, y él muerto.
Al ruido de las espadas
llegó la justicia luego,
y yo, apelando a los pies
de la ejecución que hicieron
las manos, me puse en salvo,
mas no tanto, que, cogiendo
un criado, que esperaba
con un rocín en el puesto,
no dijese a la justicia
quién era. Sólo por ellos
son señores los señores,
que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaración
me ausenté; mas no pudiendo
vivir ausente y celoso,
desta manera me he vuelto
a Madrid; y confiado
en vuestra amistad, me atrevo
a venirme a vuestra casa;
y escarmentado, en efeto,
de la lengua de un criado,

me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos días,
sólo hasta saber si puedo
ver a doña Ana, por quien
tantas desdichas padezco;
que aunque es verdad que ofendido
estoy, la estimo y la quiero
tanto, que sólo a quejarme
hoy a la corte me vuelvo,
por ver si acaso —¡ay de mí!—
se disculpa; que si llego
—hablándola alguna noche,
siendo vos solo el tercero—
a oír satisfacciones, que antes
que ella las diga, las creo,
me iré a Flandes, consolado
de que sus disculpas llevo,
que haciendo amistades, sean
camaradas de mis celos;
porque así estaré seguro
que ni el pesar ni el contento
me maten: bien como aquel
que está herido de un veneno,
y otro veneno le cura;
que éste es el último extremo
de un hombre celoso, pues
no puede, ni yo lo creo,
hacer de su parte más
que decir: «Quejoso vengo
a creer cuanto me digáis,
y pues que vivir no puedo,
haced que muera del gozo,
si he de morir del tormento».

DON PEDRO En dos empeños me pone
la merced que me habéis hecho
de valeros desta casa
y de mí, y es el primero
el ampararos en ella;

y así cortésmente ofrezco
casa, hacienda, honor y vida,
don Juan, al servicio vuestro.
El segundo, es ayudaros
en vuestro amor. Para esto
y para todo, es forzoso
—supuesto que él ha de veros—
fiaros de ese criado,
que aunque ha poco que le tengo,
tengo de él satisfacción.
No hablo agora en vuestro pleito,
que ya sabéis que un don Luis
de Medrano, que era deudo
del muerto, es quien se ha mostrado
parte.

DON JUAN Ya nos conocemos
los dos.

DON PEDRO Pues esto dejado,
porque en efeto no quiero
hablaros en penas hoy,
de doña Ana lo que puedo
deciros es que ni el rostro
la he visto desde el suceso
desa noche, ni en ventana,
ni en iglesia, ni en paseo
de Prado y calle Mayor,
que es mucho para mí, siendo
como soy, vecino suyo.

DON JUAN Fineza es, don Pedro; pero
¿quién puede a mí asegurarme
que es por mí, y no por el muerto,
ese luto que ha vestido
su hermosura?

DON PEDRO Mas ¡qué presto
a lo que le está peor
discurre el entendimiento!

DON JUAN ¿Qué queréis? Es más honrado
el mal que el bien.

DON PEDRO No lo entiendo.

DON JUAN Yo sí, pues dudo del bien
cuanto dice, y del mal creo
cuanto imagina; y mirad
cuál es más honrado, puesto
que uno siempre está tratando
verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
restaba al noturno velo
se ha desvanecido ya,
de la hermosa luz huyendo
del sol. Recogeos, y haced
del día noche.

DON PEDRO No puedo,
porque tengo a aquestas horas
que hacer, y antes agradezco
haberme hallado vestido.

DON JUAN Desvelado galanteo
tenéis, pues os recogéis
tan tarde y volvéis tan presto.

DON PEDRO Ando por averiguar,
don Juan amigo, unos celos,
por dejar desengañada
una pretensión que tengo,
y he de ir al Parque, porque
su apacible sitio ameno
de las flores y las damas
es el cortesano imperio
destas *mañanas de abril*
y *mayo*, y he de ir siguiendo
esta dama. Vos podéis
descansar en tanto. ¡Arceo!

Sale Arceo.

ARCEO ¿Señor?

DON PEDRO Haz que luego al punto
se haga en aqueste aposento

una cama, y esto sea
con recato y con silencio,
que importa que nadie sepa
que al señor don Juan tenemos
en casa; y de ti lo fío
solamente. Adiós.

Vase.

ARCEO Tú has hecho
connigo lo que se suele
con los galeotes, y es cierto,
pues de ellos nada hay seguro
sino lo que se fía de ellos.

DON JUAN Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros.

Vanse, y salen doña Clara y Inés, criada.

INÉS ¿En fin, que has dado en que has de ir
al Parque?

DOÑA CLARA ¿Quieres saber
si puede dejar de ser,
Inés? Pues has de advertir
que me ha dicho que no vaya
a él don Hipólito, y creo
que fue alentar mi deseo,
para que más presto le haya,
pues si ayer, cuando me habló,
que viniera me dijera,
presumo que no viniera,
y sólo porque llegó
a persuadirse que había
de obedecerle, me ha dado
tal gana, que he madrugado
dos horas antes del día.

INÉS No es en nosotras hoy nueva
esa culpa, ese pecado,
que pecar en lo vedado

es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
deste amor, deste deseo
de los dos, porque no creo
lo que a los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre
por loco y por maldiciente
conocido de la gente
más que por su propio nombre;
tú —perdona que lo diga—,
mujer, en justo o injusto,
muy amiga de tu gusto,
de tu libertad amiga.
Él a todas quiso bien,
tú a todos quisiste mal;
dime, amor tan desigual,
¿cómo ha de parar en bien?

DOÑA CLARA Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
su capricho y mi capricho,
y antes gran gusto me has dado,
porque no hay para mí cosa
como hombres de extraños modos,
y que al fin me tengan todos
por vana y por caprichosa.
¿Qué? ¿Quisieras que estuviera
muy firme yo, y muy constante,
sujeta sólo a un amante,
que mil desaires me hiciera
porque se viera querido?
Eso no: el que he de querer
con sobresalto ha de ser,
mientras que no es mi marido.
Y así, por dársele hoy
a don Hipólito, quiero
ver el Parque, donde espero,
porque disfrazada voy,
pasear, hablar, reír,

preguntar y responder;
 ser vista, en efeto, y ver,
 porque no se ha de admitir
 el amante más fiel
 por el gusto que ha de dar.

INÉS Pues, ¿por qué?

DOÑA CLARA Por el pesar
 que yo le he de dar a él.

INÉS Y tienes mucha razón;
 con lo cual hemos llegado
 a la calle que fue prado
 en virtud del azadón.

DOÑA CLARA Pues bajemos por aquí
 a la de Álamos, que es
 arrendajo del Pajés.

INÉS Parece que cantan.

DOÑA CLARA Sí.

Vanse, y suena dentro música.

[*Cantan*] Mañanicas floridas
 de abril y mayo,
 despertad a mi niña,
 no duerma tanto.

Salen don Luis y don Hipólito.

DON LUIS Sólo haceros compañía,
 don Hipólito, pudiera
 vencer de mi pena fiera
 la grave melancolía.

DON HIPÓLITO Por divertiros yo a vos
 de vuestro primo en la muerte,
 os traigo de aquesta suerte
 al Parque, donde los dos
 divirtamos la mañana.

DON LUIS Más hermoso el sol parece,
 porque embozado amanece
 entre nubes de oro y grana.

DON HIPÓLITO Desde aquí podemos ver
la gente que va bajando.
¡Qué tierno va enamorando
don Sancho allí a la mujer
de aquel letrado, su amigo!

DON LUIS Que es amistad, no se ignore,
porque otro no la enamore.

DON HIPÓLITO A un pleito está aquí, y yo digo
que parecer tomará
de los dos, pues le conviene
verla a ella por el que tiene,
como a él por el que da.

DON LUIS Maldiciente estáis. ¡Que no
os reduzga yo!

DON HIPÓLITO Advertid
que no hay hombre hoy en Madrid
de mejor lengua que yo.
Aquélla, ¿no es Flora?

DON LUIS Sí.

DON HIPÓLITO Harto es que a fiesta de a pie
haya venido.

DON LUIS ¿Por qué?

DON HIPÓLITO Porque en mi vida la vi
sino en coche. Por aquésta
fue por quien se ha presumido
que le dijo a su marido:
«Con lo que la casa cuesta
de alquiler, echemos coche».
Y volviéndole a decir:
«Pues ¿dónde hemos de vivir,
y estar el día y la noche?»,
dijo: «Si el coche tuviera,
sin casa vivir podía
en el coche todo el día,
y de noche en la cochera».

DON LUIS Eso es como lo que pasa
a doña Clara de Ovalle,
pues viviendo hacia la calle,
le sobra toda la casa.

DON HIPÓLITO Es verdad; y cierto día,
 cumpliendo el plazo, el casero
 vino a pedille el dinero
 de la casa en que vivía,
 y ella dijo: «¡Hay tal traición!
 ¿Esta desvergüenza pasa?
 Aunque yo alquilo la casa,
 no vivo sino el balcón».

DON LUIS ¡Qué diera porque os oyera!

DON HIPÓLITO Por eso no lo oiré, no;
 que la dije anoche yo
 que de casa no saliera.

Salen doña Clara y Inés.

DOÑA CLARA Mejor mañana no vi
 en mi vida.

INÉS Ni yo, a fe.

(Pero tápate.)

DOÑA CLARA (¿Por qué?)

INÉS (Don Hipólito está allí.)

DON LUIS (¿Habéis visto en vuestra vida
 mujer más airosa?)

DON HIPÓLITO (No,
 ni al Parque jamás salió
 más aseada y bien prendida.)

DON LUIS (Pues la donada, por Dios,
 que no es muy mala.)

DON HIPÓLITO (Embistamos
 esta empresa, pues estamos
 en el campo dos a dos.)

INÉS (Don Hipólito y don Luis
 llegan a hablarnos.)

DOÑA CLARA (Repara
 en que de ninguna suerte
 respondas una palabra,
 que no quiero que los dos
 me conozcan.)

- INÉS (Si tapadas
estamos, y en este traje,
que es en el que todas andan,
¿cómo te han de conocer?)
- DOÑA CLARA (Si le respondo, en el habla;
que persuadirse que puede
estar segura una dama
solamente con taparse,
es bueno para la farsa,
mas no para sucedido.)
- DON HIPÓLITO Señora doña tapada,
que a honrar el festín alegre
que hoy la primavera traza
en este verde salón
—donde vivas flores danzan
al son del agua en las piedras
y al son del viento en las ramas—,
de rebozo habéis venido,
dad licencia cortesana
a un hombre para que os diga
que ha sido acción excusada
madrugar tanto, supuesto
que, árbitro del sol y el alba,
esa negra sutil nube
trae consigo la mañana;
y a cualquiera hora que vos
descubriérades la llama,
amaneciera, y tuviera
luz el día, aliento el alba.
¿No me respondéis? ¿Por señas
me habláis? No me desagrada.
¿Ni aun para pedir no habláis?
¿No? Pues sois la mejor dama
que he visto en toda mi vida.
Albricias me pide el alma
de que me ha deparado una
mujer que no pide, y calla.

DON LUIS ¿Y vos también profesáis
la religión cartujana?
¡Linda cosa! ¡Vive Dios,
que ha dos mil años que andaba
buscándoos! Mas que seáis
tuerta, zurda, coja o manca,
pedigüeña, melindrosa,
contrahecha, roma o calva,
desde aquí por vos me muero.

DON HIPÓLITO Ya que me negáis el habla,
como si hubiera reñido
con vos, mostradme la cara.
¿Ni eso tampoco? Mirad
que dais a entender que es mala.
¿Es verdad? Yo no lo dudo;
mas mujer tan extremada
no ha menester perfección
mayor que no hablar palabra.
Mas si yo no entiendo mal,
eso es decir que me vaya;
pero veis aquí que yo
no quiero entenderos nada,
que en mi vida he sido mudo,
y muy poco se me alcanza
desto de hablar con la mano.
¿Qué hacéis? ¿Volverme la espalda?
Arte de enseñar a hablar
a los mudos, oye, guarda...

[Vanse las dos.]

DON LUIS No vi mujer en mi vida
de mejor gusto.

DON HIPÓLITO Su casa
sepamos, que ¡vive el cielo!,
que he de verla, y he de hablarla
hoy en ella, hasta saber
en qué este embeleco para.

DON LUIS Sigámoslas, pues.
 DON HIPÓLITO Sigamos,
 que ya veis cuánto me arrastra
 una mujer tramoyera,
 pues el serlo sólo es causa
 de que a doña Clara ame,
 y aquésta, si no me engaña
 la pinta, lo es mucho más
 que la misma doña Clara.

Vanse, y salen Arceo y doña Lucía.

DOÑA LUCÍA No me tienes que decir;
 que no te has de disculpar
 de hacerme anoche esperar.
 ARCEO ¡No pude anoche venir,
 vive Dios, doña Lucía!
 DOÑA LUCÍA Pues ¿qué tuviste que hacer?
 ARCEO Si eso pudieras saber,
 supieras que la fe mía
 te trata verdad.
 DOÑA LUCÍA Pues, ¿qué
 es que yo saber no puedo?
 ARCEO No es nada.
 DOÑA LUCÍA Ofendida quedo
 dos veces de ti, porque
 no venir anoche a verme,
 hoy venir, y no fiarme
 un secreto, es agraviarme,
 Arceo.
 ARCEO No sé qué hacerme.
 Ea, no haya secreto entero,
 que eres dueña, y soy criado:
 anoche entró rebozado
 en mi casa un caballero,
 por mi señor preguntando
 —mas que has de callar advierte—.
 Éste, pues, por una muerte

ausente está, y aguardando
a mi señor, me detuvo
—nadie, en fin, lo ha de saber—,
pues hasta el amanecer
hablando con él estuvo.
Luego en casa se quedó,
donde dice que ha de estar
—mira que lo has de callar—
escondido, y sólo yo
lo sé; que, en fin, soy secreto.
Don Juan de Guzmán se llama.
De la casa de una dama
—que esto no oí bien, en efeto—
saliendo una noche, dio
a un caballero la muerte,
y, en fin, está desta suerte
retirado, donde no
lo saben más que los dos.
Y pues me fío de ti,
esto no salga de aquí.
Dije: ¡bendito sea Dios,
que salí deste cuidado!

DOÑA LUCÍA Y yo por él darte quiero
los brazos.

ARCEO Más bien espero.

Sale Pernía, vejete.

PERNÍA (A muy mal tiempo he llegado.
¿Hay tan gran bellaquería?)

ARCEO (Pernía a los dos nos vio.)

DOÑA LUCÍA (Poco importa, porque no
es muy celoso Pernía.
Mas vete de aquí.)

ARCEO (Sí haré,
y corriendo como un potro.)

[Vase.]

PERNÍA Doña Lucía, si otro
entrara como yo entré,
¡estaba bueno el honor
desta casa! A mi señora
he de contar cuanto agora
pasa, pues de tu rigor
vengarme, ingrata, no espero.
Hecho estoy un fuego, un rayo:
¿de cuándo acá así un lacayo
se prefiere a un escudero?

DOÑA LUCÍA Unas cartas me ha traído
este hombre de un hermano
que está en las Indias, y es llano
que el abrazo el porte ha sido,
pues sólo te quiero a ti.

PERNÍA Pues trueca el modo, cruel,
y desde hoy quíerele a él,
y dame el abrazo a mí.

DOÑA LUCÍA Sí abrazaré. (Procurando
hacer que calles, supuesto...)
Mas ¡mi señora!...

Sale doña Ana [con manto].

DOÑA ANA ¿Qué es esto?

PERNÍA Es que aquí andan abrazando.

DOÑA LUCÍA Hame traído Pernía
nuevas de un hermano mío,
y gozoso mi albedrío
tales extremos hacía.

PERNÍA Es, señora, caso llano,
y creella te conviene.
(Para cada abrazo tiene
doña Lucía un hermano.)

DOÑA ANA Salga, y mire si está puesto
el coche, que es hora ya
de ir a misa... Pues, ¿no va
presto?

PERNÍA Aquesto ¿no es ir presto?

[*Vase.*]

DOÑA LUCÍA ¿Tú, señora, tan dejada
 del aliño y la belleza
 que, fuera de la tristeza,
 vives de ti descuidada?

DOÑA ANA No hay consuelo para mí,
 ni me has de ver en tu vida
 sino triste y afligida.

DOÑA LUCÍA Pues ¿qué remedias así?

DOÑA ANA ¿Quién te ha dicho que yo quiero
 remediar, sino sentir?

Aunque si llego a advertir
que es el remedio primero
del mal el sentir el mal,
por sentille más, no sé
si el sentirle dejaré;
pues es mi desdicha tal,
que apeteciendo el morir
sin pretender resistille,
por no dejar de sentille,
le dejara de sentir.

Desde el día que a don Juan
en mi casa sucedió
aquella desdicha —y yo
veo que todos me dan
la culpa sin merecella—
tan muerta y tan otra estoy,
que aun sombra mía no soy.

DOÑA LUCÍA Si, tan noble como bella,
 tu perfección me asegura
 de callarlo, yo diré
 que adónde está don Juan sé.

DOÑA ANA ¡Qué neciamente procura
 tu lisonja divertir
 mi mal!

DOÑA LUCÍA Yo sé dónde está,
 y aunque tú no lo oigas, ya

lo tengo yo de decir:
 don Juan a Madrid llegó
 —mas que lo calles te pido—
 y está en la casa escondido
 de nuestro vecino. Yo
 lo sé, porque una criada
 me lo ha dicho agora a mí.
 Pero no salga de aquí:
 ya ves que es cosa pesada.

DOÑA ANA ¿Qué dices?

DOÑA LUCÍA Lo que es verdad.

DOÑA ANA Siendo dicha mía, no sé
 si algún crédito le dé,
 siendo esa temeridad.

Salen doña Clara y Inés.

INÉS ¿Qué es lo que tu pasión hacer procura?

DOÑA CLARA ¿Qué? Llevar adelante una locura,
 que aunque nada importara
 el verme don Hipólito de Lara,
 por lo que se ha picado
 no ha de salir hoy, no, deste cuidado.

INÉS (Que hay aquí gente, mira.)

DOÑA CLARA (¿Faltará a una mujer una mentira
 que la saque de otra?) Dama hermosa,
 si quien dice mujer, dice piadosa,
 un rato —mal mi pena significo—
 que me dejéis entrar aquí os suplico,
 mientras que un hombre pasa
 esa calle: sagrado vuestra casa
 sea de mi cuidado,
 pues casa de deidad siempre es sagrado.

DOÑA ANA Holgaréme por cierto
 que sea, no sagrado, sino puerto,
 pues la congoja vuestra
 bien que os importa el ocultaros muestra.

DOÑA LUCÍA Un hombre aquí se ha entrado.

DOÑA CLARA ¡Ay Dios, que es mi marido! Y pues me
ha dado

vuestra piedad licencia,
aquí he de retirarme con prudencia.
Haced que una criada le despida,
porque me va el honor, vame la vida.

DOÑA ANA Pues decid...

DOÑA CLARA Nada espero.

Vase.

DOÑA ANA Turbada me dejó con su sombrero.

DOÑA LUCÍA Yo voy tras ella, porque no sea ganga,
y se eche alguna sábana en la manga.

[Vase.] Sale don Hipólito.

DON HIPÓLITO Perdonad que a la esfera,
dosel florido de la primavera,
donde son vuestros bellos resplandores
la primera oficina de las flores,
pisar mi pie presuma,
calzado más de plomo que de pluma.

DOÑA ANA (Disimular, fingiendo enojo, intento.)
¿Quién os dio para tanto atrevimiento,
caballero, osadía?

DON HIPÓLITO Yo la tomé de la ventura mía,
que hasta veros, divina
deidad, vencer la nube que, cortina
de humo, ocultaba el fuego,
descanso no tuviera; y así, ciego
con el humo pasado,
y agora, desos rayos abrasado,
llorar y arder presumo;
arder del fuego, pues lloré del humo.

DOÑA ANA No entiendo, caballero,
estilo tan cortés y lisonjero,

ni sé qué causa he dado
para que desta suerte hayáis entrado
en mi casa. Si esfera
la llamáis de la hermosa primavera,
no introduzgaís en ella tal desmayo,
que espire su esplendor antes del rayo.
Si humo seguís, que en sombras se resuelve,
no le esperéis, que el humo nunca vuelve;
y si buscáis el fuego,
no os acerquéis a él, y volveos luego;
que no vive enseñado a acciones tales
el antiguo blasón destes umbrales.

DON HIPÓLITO Vos ni veros ni oíros
en el Parque dejasteis, y el seguimos,
a riesgo de ofenderos,
también fue por oíros y por veros;
y ahora advierto que fuera acción piadosa
oíros discreta, cuando os miro hermosa;
porque si allí sin veros os oyera,
a la dulce armonía suspendiera
el alma y el sentido
desa voz, que es veneno del oído.
Y si hermosa os mirara
sin oíros discreta, aquí postrara
alma y vida en despojos
desa luz, que es veneno de los ojos.
Y así, porque no muera al advertiros
tan hermosa, me da la vida oíros;
y así, porque no muera al conoceros
tan discreta, me da la vida el veros;
de suerte que mi vida
está de un daño y otro defendida.
Quedad con Dios, en fin, porque no quiero,
ya que he sido atrevido, ser grosero,
pues ser grosero culpa mía habrá sido,
y vuestra lo ha de ser, ser atrevido.

Vase.

DOÑA ANA ¿Hay cosa semejante?
 ¡Que entre un hombre marido, y salga amante,
 y de sus mismas penas descuidado,
 llegue celoso, y vuelva enamorado!

Salen doña Lucía, Inés, y doña Clara.

DOÑA CLARA ¿Fuese?
 DOÑA ANA Sí.
 DOÑA CLARA Tus pies pido.
 DOÑA ANA Vos tenéis un finísimo marido.
 DOÑA CLARA Harto a Dios lo que paso en eso ofrezco,
 pues sabe Dios lo que con él padezco.
 DOÑA ANA Creyó, en fin, que era yo —¡raro suceso!—
 la dama que siguió, que aun para eso
 sirvió el sombrero y el estar con manto,
 y el ser los trajes parecidos tanto;
 que, como en los concetos repetidos,
 se encuentran también dos en los vestidos.

Sale Pernía.

PERNÍA Ya está el coche esperándote, señora.
 DOÑA ANA Lucía, mira agora
 la calle.
 DOÑA LUCÍA Bien podrás seguramente
 salir.
 DOÑA CLARA Aquesa vida el cielo aumente.
 DOÑA ANA Ved si serviros puedo
 en otra cosa.
 DOÑA CLARA Yo obligada quedo...
 (y no sé si ofendida,
 pues lo que no pensé en toda mi vida
 que suceder pudiera,
 que es tener celos yo. ¿Quién tal creyera?
 Acaso ha sucedido.)
 INÉS (Pues dime, ¿qué has sentido?)
 DOÑA CLARA (Que haya este hombre a otra enamorado,
 y en mi misma presencia requebrado.)

Vanse.

DOÑA ANA Nada oigo, nada miro, nada siento
que para mí no sea otro tormento.
DOÑA LUCÍA Pues ¿qué tienes agora?
DOÑA ANA Ver que en todos la suerte se mejora,
en todos convalece,
y sólo en mí de cualquier mal fallece.
Cuando es culpada, halla ésta la salida;
así inocente yo pierdo la vida,
porque no está la culpa en tener culpa,
sino en no ser dichosa la disculpa.

Vanse, y salen don Pedro por la puerta derecha, y don Juan por la izquierda, que es por donde está la puerta izquierda de su aposento, y encuéntranse en el tablado.

DON PEDRO Seáis, don Juan, bien hallado.
DON JUAN Vos, don Pedro, bien venido.
¿Cómo en el Parque os ha ido?
DON PEDRO Mal.
DON JUAN ¿Cómo?
DON PEDRO Como he hallado
la dama que iba a buscar,
y creo que son desvelos
de otro amante, cuyos celos
ando por averiguar,
para que desengañado
cure con dolor el pecho;
que es mi amigo el que sospecho,
y está ya desconfiado.
DON JUAN ¿Es doña Clara la dama?
DON PEDRO Sí.
DON JUAN ¿Y el galán?
DON PEDRO Es un hombre
de buena opinión y nombre:
don Hipólito se llama,
y esto para otro lugar.
Vos ¿qué habéis hecho?

DON JUAN Sentir,
desesperarme, morir,
sin poderlo remediar.
Decid, ¿qué traza daremos
para que logre mi fe
ver a doña Ana?

DON PEDRO No sé,
que no hay verla. Mas pensemos
si habrá por dónde.

Sale Arceo.

ARCEO Señor,
don Hipólito, un tu amigo,
te busca ahí fuera. Testigo
no puede venir peor,
que él dirá cuanto supiere.

DON JUAN Por lo que puede pasar,
presente tengo de estar
a cuanto aquí sucediere,
a vuestro lado.

DON PEDRO No es justo
que os vea: a vuestro aposento
os retirad.

DON JUAN Mucho siento...

DON PEDRO Don Juan, hacedme este gusto.

[Retíranse don Juan y Arceo y] sale don Hipólito.

DON HIPÓLITO ¿Qué hay, don Pedro? ¿Cómo estáis?

DON PEDRO A vuestro servicio. ¿Y vos?

DON HIPÓLITO Al vuestro.

DON PEDRO Pues, ¿qué miráis?

DON HIPÓLITO Si hay aquí más que los dos.

DON PEDRO No. ¿Qué queréis?

DON HIPÓLITO Que me oigáis.

Esta mañana salí

a ese verde hermoso sitio,
a esa divina maleza,
a ese verde paraíso,
a ese Parque, rica alfombra
del más supremo edificio,
dosel del cuarto planeta,
con privilegios de quinto,
esfera, en fin, de los reyes,
de Isabel y de Filipo;
desde cuyo heroico asiento,
siempre bella, y siempre invicto,
están, católicas luces,
dando resplandor al indio,
siendo en el jardín del aire
ramilletes fugitivos.

DON PEDRO (¿En qué parará el venir
a contar lo que yo he visto?)

Don Juan al paño.

DON JUAN (Sin duda sabe que allí
hoy a su dama ha seguido,
y viene quejoso de él;
de todo estaré advertido.)

DON HIPÓLITO De cuantas al alba dieron
envidia, en varios corrillos,
tejiendo corros sin orden,
dando vueltas sin aviso,
una embozada hermosa
tal ventaja a todas hizo,
que oscureció con su sombra
las demás luces. Yo he visto
salir al campo a traer rosas
de sus jardines floridos,
pero a dejar rosas, no,
sino hoy, que al desperdicio
de un pie debió el campo cuantas
fueron al contacto altivo,

quedando blancos jazmines,
quedando marchitos lirios.
Bajaba por una cuesta
una mujer —¡qué mal digo!—
un encanto, si embozado;
disfrazado, si un hechizo.
El sutil manto en celajes,
ya oscuros y ya distintos,
o negaba o concedía
el rostro. ¿Cuándo ha salido
más hermosa el alba, cuándo
se mostró el sol más lucido
que cuando el alba, entre sombras,
que cuando el sol, entre visos,
dan regateada la luz,
y anda dudoso el sentido,
haciendo apuesta entre sí,
si lo ha visto, o no lo ha visto?

DON PEDRO (Todo esto vendrá a parar
en que doña Clara ha sido,
por venir a hablar en ella.)

DON JUAN (¡Oh, qué cansados estilos!)

DON HIPÓLITO Coronaba sobre el manto
los bien descuidados rizos
airoso un blanco sombrero,
por una parte prendido
de un corchete de diamantes,
sobre un penacho que hizo
lisonja al aire, diciendo
a sus halagos, rendido:
«Pues inclinada la frente,
sí a cuanto me dicen digo,
mejor que mi dueño, yo
sé obligarme de suspiros».
El talle era bien sacado,
y de buen gusto el vestido,
más que rico; pero si era
de buen gusto, ¿qué más rico?

Dejo aquí, por no cansaros,
 lo que en el Parque tuvimos,
 y voy a que la seguí
 a su casa, que atrevido
 entré en ella, que vi al sol
 cara a cara, que rendido,
 lo que antes diera por verla,
 diera por no haberla visto
 después; porque, de sus rayos
 mariposa mi albedrío,
 entró enamorando el riesgo,
 salió halagando el peligro.
 Esta, pues, mal lisonjeada
 beldad —turbado lo digo—...

[Arceo al paño.]

ARCEO (¡Aquí es ello!)

DON JUAN (¡Escucha!)

DON PEDRO (Agora
 se va a declarar conmigo.)

DON HIPÓLITO ... es una vecina vuestra.

Esa pared sola ha sido
 la que su esfera divide,
 y pues que, como vecino,
 es fuerza...

DON JUAN (¡Ay de mí! ¿Qué escucho?)

DON PEDRO (¿Qué haré si don Juan lo ha oído?)

DON HIPÓLITO ... que sepáis quién es. Decidme
 su nombre, porque atrevido
 pienso adorar su belleza,
 y para todo es arbitrio
 entrar, don Pedro, informado,
 y más de tan buen amigo.

DON JUAN (Estaba por responderle
 yo.)

ARCEO (Detente.)

DON PEDRO (¿Quién se ha visto
en igual duda? ¿Qué haré?
Si quién es aquí le digo,
será alentar su esperanza;
si lo niego, es desvarío,
pues podrá saberlo de otro;
si el amor le significo
de don Juan, su honor ofendo.
Mas queden con buen estilo
un amor desengañado,
un honor seguro y limpio,
y atajados unos celos
con la verdad, sin peligro
de no decir la verdad;
mucho haré si lo consigo.)
Don Hipólito, pues ya
vuestra relación he oído,
oídmeme a mí, y agradeced
de que tan a los principios
os halle este desengaño:
la dama que habéis seguido
doña Ana de Lara es,
y más que por su apellido,
ilustre por su virtud;
que esa casa que habéis dicho,
es el templo de la fama.
Paréceme desvarío
seguir ese galanteo,
que os aseguro, os afirmo,
que intentáis un imposible.

DON HIPÓLITO Yo noticia os he pedido,
no consejo; y pues la llevo,
quedad con Dios, que si altivo
muriere mi pensamiento
osado y desvanecido
de atrevimiento tan noble,
¿qué más premio que el castigo?

Vase, y sale don Juan.

DON JUAN Decidme agora, don Pedro,
que el sol apenas ha visto
en esta ausencia doña Ana.
Mas diréis bien, si ha salido
de su casa antes que el sol
a ser del Parque prodigio.

DON PEDRO No sé qué os diga.

DON JUAN Yo sí.

DON PEDRO ¿Qué?

DON JUAN Que huyamos el peligro.
Ya la he perdido dos veces;
ya verla ni hablarla estimo.
Haced que me busquen postas,
que esta noche —¡ah, cielo impío!—
he de volver de una vez
la espalda.

DON PEDRO Mirad...

DON JUAN Ya miro
que en mi presencia hallo a otro
en su casa —¡estoy sin juicio!—
y que en mi ausencia después
sale —¡con razón me aflijo!—
a ser vista —¡qué rigor!—
de donde trae —¡qué martirio!—
nuevo amor. ¡Oh, quién quitara
del año este mes florido!
Mas no tiene culpa él;
yo sí, que una sombra sigo;
yo sí, que un áspid adoro;
yo sí, que amo un basilisco.
Mañanas de abril y mayo,
noches para mí habéis sido.

Vanse.

JORNADA SEGUNDA

Salen Inés y doña Clara, afligida.

INÉS ¿Tú triste, tú pensativa,
 melancólica y suspensa,
 tan bien perdida y tan mal
 hallada contigo mesma?
 ¿Dónde, señora, está el brío,
 el buen gusto, la belleza
 y el despejo?

DOÑA CLARA No lo sé,
 y no es mucho —¡ay Dios!— que necia,
 pues que no sé de mi vida,
 de mis acciones no sepa.
 ¿Quién creará de mí —¡ay de mí!—
 que yo llore, y que yo sienta
 desaires de un hombre? ¿Yo,
 que tan altiva y soberbia
 me llamé la vengadora
 de las mujeres, sujeta
 tanto a un desaire me veo?

INÉS Yo no sé qué razón tengas
 para tanto sentimiento,
 pues si bien se considera,
 él te siguió a tí, y tú fuiste
 la causa de la fineza.
 Luego, si estás ofendida,
 y obligada también, sea
 tu mal consuelo de otro;
 supuesto que representas,

despreciada y pretendida,
 la celosa de tí mesma.
 Ya fue el cuidado por tí,
 pues por tí en la casa entra
 de la otra, y si se halla
 tan empeñado con ella,
 ¿cómo se puede excusar
 de andar galán? Considera
 que si has de olvidar a un hombre
 porque a una hable y a otra vea,
 no hay que querer a ninguno;
 que maldito de Dios sea,
 señora, el que hay que no diga
 lo mismo a cuantas encuentra.

DOÑA CLARA Con todo eso, ya llegué
 —confieso que anduve necia—
 a darme por entendida
 deste agravio con mis penas,
 y me tengo de vengar.

INÉS ¿De qué suerte?

DOÑA CLARA Escucha atenta.
 Un papel le he de escribir
 —disfrazándole mi letra,
 y escribiéndomele tú—
 en nombre de la encubierta
 dama, diciéndole en él
 cuán obligada me deja
 su cortesía, y que quiero
 hablarle a solas; que tenga
 un silla prevenida,
 y una casa donde pueda
 verle esta tarde; él, muy vano,
 creído de su soberbia,
 pensará que tiene lance;
 y para que no le tenga,
 iré yo, y será buen paso
 lo que hará cuando me vea.

INÉS Y ¿qué consigues con eso?

DOÑA CLARA Dos cosas: es la primera
burlarme de él; la segunda,
desengañarle, y que sepa
que fui la tapada yo,
porque no se desvanezca,
presumiendo que la otra
le dio ocasión de que fuera
tras ella, y su galanteo
prosiga.

INÉS ¿Esa diligencia
no pudiera hacerse en casa?

DOÑA CLARA Con venganza no pudiera.

INÉS No sé si aciertas en eso.

DOÑA CLARA ¿Cómo?

INÉS Yo te lo dijera,
si él y aquel don Luis no entrara.

DOÑA CLARA Pues disimula; no entiendan,
hasta este lance, que fuimos
las tapadas.

Salen don Hipólito y don Luis.

DON HIPÓLITO (Considera,
don Luis, que importa sacarme
presto de aquí.)

DON LUIS (Sí haré.)

DOÑA CLARA ¿Era,
señor don Hipólito, hora
de veros? ¿Tan larga ausencia?
Desde ayer no me habéis visto.

DON HIPÓLITO Sólo pudiera esa queja
hacer mi ausencia feliz;
que es sutil estratagema
de amor, que una pena misma
hacerse lisonja sepa.
Mas no vine esta mañana,
presumiendo que estuvieras
en el Parque, como anoche
dijiste...

DOÑA CLARA Detén la lengua;
pues si anoche me dijiste
que de casa no saliera,
¿había de salir de casa?
¡Jesús! De mí no se crea
tal desenvoltura, tal
liviandad de mi obediencia.

DON LUIS Harto le encarezco yo
a don Hipólito esa
verdad, y cuán obligado
debe estar desa fineza;
y aun él la conoce bien,
pues la paga con la misma.

DOÑA CLARA ¿Luego él al Parque no fue?

DON HIPÓLITO ¡Jesús! Pues ¿tal de mí piensas,
sabiendo que para mí
no hay, Clara, holgura ni fiesta
donde tú no estás?

DOÑA CLARA Y yo
lo creo como si lo viera;
pues si tú hubieras estado
hoy en el Parque, hoy hubiera
estado en el Parque yo,
claro está; y es cosa cierta,
pues si yo en tu pecho vivo,
y tú en el pecho me llevas,
contigo hubiera yo estado
disfrazada y encubierta.

DON HIPÓLITO (¡Qué fácil es de engañar
a la mujer más discreta!)

DOÑA CLARA (¡Que sea bobo el más bellaco
de los hombres!)

INÉS (Hombres y hembras
así unos a otros se engañan,
cuando que se quieren piensan.)

Hácele señas don Luis.

DON LUIS Aunque es el primer precepto
de amor no estorbar, licencia
me daréis para que os diga
que unos amigos me esperan
donde me importa llevar
a don Hipólito. Esta
ausencia os deba el ser yo
tan vuestro criado.

DOÑA CLARA Cesa,
don Luis, que no es esta sala
donde hablar la parte es fuerza
por procurador. Si él quiere
hablar, hable, y no por señas.
Id, don Hipólito, adiós;
que esta casa siempre es vuestra
para iros y para estaros,
pues siempre de la manera
que abierta para que entréis,
para que os vais está abierta.
Pon esos hombres, Inés,
en la calle, y luego cierra
las puertas.

DON HIPÓLITO Escucha...

DOÑA CLARA ¿Yo
escucharte?

DON LUIS Considera
que si yo tuve la culpa,
no ha de tener él la pena.

DOÑA CLARA Yo no me enojo con él
ni con vos: doy la licencia
que me pedís. (Mucho hago
en no declarar mis quejas,
porque estoy muy enfadada
en verlos hablar por señas.)

Vanse las dos.

DON HIPÓLITO ¿Qué os parece, don Luis,
deste amor, desta fineza?

DON LUIS Que vos habéis reducido
a precepto y obediencia
la condición más rebelde
de una mujer. ¿Quién creyera
que doña Clara llegara
nunca a verse tan sujeta
que no saliera de casa,
por decir que no saliera?
En fin, sí, todo se rinde.

DON HIPÓLITO Yo tengo notable estrella
con mujeres.

DON LUIS Bien se ve,
pues habéis triunfado de ésta.
Pero decidme, ¿a qué efeto
ha sido lo de la priesa
de que salgamos de aquí?

DON HIPÓLITO ¿Tan mal mi dolor lo muestra,
que ha menester explicarle
más que el afecto, la lengua?
¿No os dije que a la tapada
vi en su casa descubierta,
donde, porque entrara yo,
os quedasteis a la puerta?
¿No os dije cómo la hablé,
y que es entendida y bella,
sin que subsidios de hermosa
den excusados de necia?
¿No os dije cómo, informado
de don Pedro, dijo que era
rica y noble?

DON LUIS Sí.

DON HIPÓLITO Pues ¿cómo
dudáis dónde voy? ¿No es fuerza
que vaya a estarme en su calle
—no digo bien—, en la esfera
luciente del mejor sol,
a cuya dulce violencia
arde abrasada la pluma
y derretida la cera?

DON LUIS ¿No creéis al desengaño
de decir don Pedro que era
la pretensión imposible
por su virtud y sus prendas?

DON HIPÓLITO Si es ésa otra parte más
para ser amada, ésa
es hoy la que más me anima,
es hoy la que más me alienta.

DON LUIS Pues ¿y la comodidad?

DON HIPÓLITO Pues ¿no es comodidad ésta,
si es rica, noble y hermosa,
de buena opinión y honesta,
y puedo dentro de un mes
estar casado con ella?

Sale Inés con manto.

INÉS (Apriesa escribió mi ama
el papel, y más apriesa
yo tras ellos me he venido,
y cogiéndoles las vueltas,
hasta la calle he llegado
de la madama... y aun ésta
es su casa: allí se paran.
Yo no quiero que me vean
tras ellos, porque no echen
de ver que los seguí; sea
otra vez, de mi delito,
sagrado su casa mesma.)

DON HIPÓLITO Ésta es la calle feliz...
pero ¿quién dudar pudiera
que había de vivir Flora
en la calle de las Huertas?
Éste es el balcón por donde,
en tornasoles envuelta,
sale el alba a todas horas,
de jazmines y azucenas
coronada, pues el día
en sus umbrales despierta.

INÉS (Ya de que los he seguido
desmentida la sospecha
está. Daréle el papel,
como mi ama lo ordena.
Vuelvo a penar en lo mudo.)

DON LUIS (Una mujer encubierta
ha salido de su casa.)

DON HIPÓLITO (Y hacia nosotros se acerca.)

DON LUIS (De las dos debe de ser,
pues que vuelve a hablar por señas.)

DON HIPÓLITO (Estas mujeres, sin duda,
en casa el hablar se dejan
cuando salen de ella, pues
sólo hablan dentro de ella.)
¿Es a mí? ¿Sí? Pues ya estoy
aquí, ¿qué quieres? Espera,
mujer.

DON LUIS Aquello es decir
que no la sigáis.

DON HIPÓLITO Ligera
volvió la espalda, avisando
que calle y el papel lea.

Lee. «El mayor argumento de la nobleza fue siempre la
cortesía. La vuestra me asegura la verdad de todo, y
así os he menester para fiar de vos un secreto. Tened
una silla para luego en San Sebastián, y una casa donde
pueda hablaros. Dios os guarde. — La dama muda.»
¿Qué decís deste papel?
Decid agora que crea
a don Pedro, y que desista
de la posesión.

DON LUIS Empresa
notable seguís.

DON HIPÓLITO ¿No os digo
que yo tengo linda estrella
con mujeres?

DON LUIS ¿Qué habéis
de hacer?

DON HIPÓLITO Todo cuanto ordena.

Y así entre los dos partamos
agora las diligencias,
que éste es oficio de amigo.
Id, don Luis, por vida vuestra,
pues venimos sin criado,
por la silla, y esté puesta
al punto en San Sebastián,
como dice; y cuando venga,
le diréis que por no dar
de aquesto a un criado cuenta,
os la di a vos, porque hagamos
la necesidad fineza;
que yo os espero en mi casa.

DON LUIS ¿Y si doña Clara acierta
a ir allá?

DON HIPÓLITO Habéis reparado
bien, que gran disgusto fuera
que ella llegara a saberlo.
¿Qué haremos?

DON LUIS Pues es tan cerca
la casa deste don Pedro,
mejor es llevarla a ella.

DON HIPÓLITO Es verdad; prevenid vos
la silla, por vida vuestra,
mientras prevengo la casa.

DON LUIS Oíd: de la suya mesma
otras dos salen.

DON HIPÓLITO Mirad
si lo han tomado de veras.
No malogremos la dicha.
Vámonos sin que nos vean;
que estando aquí, podrá ser
que ir a otra parte no quieran.

DON LUIS Voy a prevenir la silla.

Vanse. Salen doña Ana, doña Lucía y Pernía.

DOÑA LUCÍA ¿Qué es, señora, lo que intentas?
 ¿En este traje de casa
 sales?

DOÑA ANA A esto amor me fuerza.
 En la casa de don Pedro
 he de entrar: ya estoy resuelta,
 hasta saber si don Juan
 en ella se oculta o cierra.

DOÑA LUCÍA Pues ¿dónde vas? Ésta es
 la casa.

DOÑA ANA ¿No eres más necia?
 Pasa de largo, porque
 deslumbremos las sospechas,
 si acaso me ha visto alguno

.
 salir de casa. ¡Ay, don Juan!
 ¡Ay amor, lo que me cuestas!

Vanse, y salen don Juan y don Pedro.

DON PEDRO Notable sois, por cierto.

DON JUAN ¿No lo he de ser, don Pedro, si estoy muerto
 de celos y de agravios,
 las manos sin acción, la voz sin labios?

DON PEDRO Si yo de vuestros celos
 os traigo averiguados los recelos
 y deshecho el engaño,
 ¿qué os quejáis?

DON JUAN Para mí no hay desengaño.

DON PEDRO Pues yo puedo deciros
 que sólo por serviros,
 agora cauteloso
 y con vuestro poder, don Juan, celoso,
 de uno y otro criado
 en casa de doña Ana me he informado
 si salió esta mañana
 al Parque, y dicen todos que doña Ana
 sólo a misa ha salido

en su coche a las once, y nadie ha habido
que lo contrario diga.

DON JUAN Pues ¿quién a don Hipólito le obliga,
don Pedro, a haber mentido?

DON PEDRO Asegurad vos bien vuestro partido,
pero no averigüéis tan neciamente,
puesto que miente el otro, por qué miente.

DON JUAN ¿Queréis ver cuán atento
estoy a mi dolor y a mi tormento?
Pues con creer el daño como a daño,
me ha sosegado en parte el desengaño,
y así, aunque no quería
ver a doña Ana, al espirar del día
verla y hablarla quiero
y decir, ya que muero, por qué muero,
quejándome de todo.

DON PEDRO Pues yo os diré, ya que así estáis, el modo
que me parece que hay de prevenilla:
vos habéis de escribilla
un papel, que ha de dalle ese criado...
mas luego lo diré, porque han llamado.

Sale Arceo.

ARCEO Hasta aquí don Hipólito se entra.

DON PEDRO Ya veis lo que perdéis, si aquí os encuentra.
Yo saldré a recibille.

DON JUAN Eso no, porque yo tengo de oírle.

DON PEDRO Pues ¿no os fiáis de mí?

DON JUAN Yo sí me fío,
mas es desconfiado el valor mío.

DON PEDRO Yo estoy tan satisfecho
del honor de doña Ana, que sospecho
que viene a retractarse;
y así muy poco llega a aventurarse.
Retiraos.

DON JUAN ¡Piedad, cielos!
Escuche dichas quien escucha celos.

[Vase.] Sale don Hipólito.

DON HIPÓLITO Don Pedro, siempre vengo
a vos, o con el mal o el bien que tengo.
Ya que de vos me fío,
amparadme, pues sois amigo mío.
Doña Ana...

DON PEDRO (¿Hay semejante
confusión?) No paséis más adelante.
No tenéis que decirme
que a vuestra pretensión constante y firme
está, que yo lo creo, como es justo.

DON HIPÓLITO Lejos dais de mi dicha y de mi gusto,
que es lo contrario lo que hablaros quiero.

DON PEDRO (¡Cielos! ¿Qué es esto?)

DON JUAN (Hasta escucharlo espero.)

DON PEDRO (¿Qué he de hacer? Porque temo
que pase este negocio a más extremo.)

DON HIPÓLITO Doña Ana, en fin...

DON JUAN (¿Quién mi desdicha ignora?)

DON PEDRO Esperad un instante. Hablad agora.

Cierra.

DON HIPÓLITO ¿Por qué cerráis?

DON PEDRO No quiero que esa puerta,
cuando fuera me voy, se quede abierta.
(Con eso he asegurado
aquí, de dos cuidados, un cuidado.
Celos y riesgo le han buscado, ¡cielos!
estorbe el riesgo, ya que no los celos.)

DON HIPÓLITO Doña Ana, pues, este papel me escribe.
Que busque donde hablarla me apercibe;
y pues mi dicha pasa
tan adelante, dadme vuestra casa,
adonde pueda vella.
Tapada vendrá a ella;
yo he menester a Arceo

que se venga conmigo; que deseo,
mientras llega, advertido,
tenerle algún regalo prevenido.
Y pues que la respuesta
ha de ser ayudar dicha como ésta,
quedad con Dios, que, con el bien que toco,
loco debo de estar, si no muy loco.

DON PEDRO Oíd, mirad...

DON HIPÓLITO No me deja mi deseo,
ni lo esperéis, que yo me llevo a Arceo.

Vase.

DON PEDRO (¿Qué haré, de dos amigos empeñado,
si uno me busca, y otro está encerrado,
y ambos de mí se fían? Triste llego
a abrir la puerta, y en las dudas ciego.)
Don Juan, viendo que aquí (¡confusión brava!)
una desdicha y otra hoy os buscaba,
en deshecha fortuna,
quise de dos embarazar la una,
y porque no saliéades restado,
ya que celoso...

DON JUAN Todo fue excusado,
que oyendo lo que oí, aunque estuviera
abierto, no saliera;
pues a tal desengaño, cosa es clara
que esperara hasta verle cara a cara;
¡necedad en el mundo introducida,
solicitar lo que quitó la vida!

DON PEDRO Ésa agora es mi duda:
yo no sé cómo a tanto empeño acuda.
Don Hipólito (¡ay, cielos!) este día
de mí su gusto y vuestra pena fía.
Mi obligación en vuestras manos dejo:
¿qué hiciéades? ¡Ay Dios! Dadme consejo.

DON JUAN Yo no sé lo que hiciera
si vos, don Pedro, fuera,

en un caso tan nuevo.

Mas, siendo yo, bien sé lo que hacer debo;
que es, aunque el alma en celos se me abrasa,
el respeto guardar a vuestra casa.

Mas fuera de ella le daré la muerte,
ya que el duelo de amor es ley tan fuerte,
que dispone severa
que ofenda la mujer, y el hombre muera.

DON PEDRO Vos no habéis de salir de aquí.

DON JUAN Es en vano,
que he de salir.

DON PEDRO Vuestro peligro es llano.

DON JUAN ¿Y esotro no lo es? ¿Queréis que vea
hoy mis desdichas yo? Pues así sea;
que aquí me estaré, digo,
y que de mi dolor seré testigo.
Venga doña Ana, de otro enamorada,
y... Mucho iba a decir; no digo nada.

DON PEDRO Eso tampoco es justo.

DON JUAN Pues ¿niirme ni quedarme no os da gusto?
¡Estoy perdido y loco!
¿Qué queréis?

DON PEDRO No lo sé.

DON JUAN Ni yo tampoco.

DON PEDRO Sólo deciros quiero
que, aunque como desdichas las espero,
estoy tan confiado
del honor de doña Ana, que he pensado
que éste se desvanece,
o que su amor algún error padece.

DON JUAN Confianza tan vana,
¿de qué os nace?

DON PEDRO De ser quien es doña Ana,
que es mujer principal.

DON JUAN Necio anduviste,
si antes que principal, mujer dijiste.
Y ved si engaño habrá, que ya han entrado
dos mujeres.

DON PEDRO Yo estoy desesperado,
 pues consultando extremos,
 tratando mucho, nada resolvemos,
 y ya el lance llegó. No sé qué hacerme.
 Escondeos.

DON JUAN Yo no tengo de esconderme.

DON PEDRO Pues ¿queréis que aquí os vean?

DON JUAN ¿Habrá desdichas que mayores sean?

DON PEDRO Haced esto por mí, hasta que sepamos
 la verdad, y después los dos muramos
 en la defensa del agravio vuestro.

DON JUAN Mi amistad así os muestro;
 pero con condición —¡desdicha grave!—
 que a aquesta puerta he de quitar la llave,
 y ha de estar siempre abierta.

Vase, y salen doña Ana, doña Lucía y Pernía.

DOÑA LUCÍA Oye, Pernía: quédese a la puerta.

DOÑA ANA Señor don Pedro Girón,
 muy admirado estaréis
 de ver hoy en vuestra casa
 entrarse así una mujer.
 Galán y discreto sois,
 y, como todos, sabéis
 que extremos de amor obligan
 a más extremos, y pues
 de alguno se han de fiar,
 ¿de quién, don Pedro, de quién
 mejor que de vos, que sois
 noble, entendido y cortés?

Descúbrese.

DON PEDRO (Ya no me queda esperanza:
 doña Ana, ¡vive Dios!, es.)

DON JUAN (¡Y querrán que calle yo!
 Mas puesto que así ha de ser,

arded, corazón, arded,
 que yo no os puedo valer.)
 DOÑA ANA Ya que con vos declarada
 estoy, don Pedro, sabed
 en lágrimas y suspiros
 mis desdichas de una vez.
 Y pues sabéis que he venido
 a vuestra casa, sabed
 —¡cuánta vergüenza me cuesta!—
 ya, señor don Pedro, a qué:
 un hombre vengo a buscar,
 porque de muy cierto sé
 que le puedo hallar en ella.

[Sale don Juan.]

DON JUAN Adiós, don Pedro, porque
 darme tormento de celos,
 y querer que calle, es
 nuevo rigor. Yo confieso
 que es mi delito querer,
 si eso pretendéis de mí.
 DOÑA ANA ¡Don Juan, mi señor, mi bien!...
 DON JUAN ¡Doña Ana, mi mal, mi muerte!
 DOÑA ANA Dadme los brazos.
 DON JUAN Detén,
 no con los brazos añadas
 al tormento otro cordel,
 pues ya he dicho la verdad.
 DON PEDRO (No sé, ¡vive Dios!, qué hacer;
 mas porque ni uno entre ni otro
 salga, el paso cerraré.)
 DON JUAN No cerréis, porque he de irme.
 DOÑA ANA No ha de irse. Sí cerréis.
 Pues ¿cómo tan riguroso,
 cómo tan tirano, pues,
 agradeces desa suerte
 haberte venido a ver?

DON JUAN ¿A quién?

DOÑA ANA A ti, porque supe
que aquí estabas.

DON JUAN ¡Bien, a fe!

Buena disculpa has hallado.

¡Ah, fiera! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, cruel!

¡Qué pronto vive a mentir
el ingenio en la mujer!

DOÑA ANA Don Juan, si de las pasadas
ofensas, al parecer

justas, te dura el enojo,

y huyes de mí (¡ay Dios!) porque
estás engañado, ya

te vengo a satisfacer.

Aquel hombre a quien le diste
la muerte...

DON JUAN Yo no hablo de él.

¡Mira, mira tus engaños

cuáles han llegado a ser,

pues quejándome de uno,

a otro respondes! Y pues

son tantos que unos a otros

se embarazan, no me des

satisfacción de ninguno,

que mejor será tener

queja de todos; que al fin

está mejor puesto aquel

que, antes que mal satisfecho,

se queda quejoso bien.

DOÑA ANA No te entiendo; y si es la queja

que yo imagino que es

la que tú sientes, señor,

¿de qué te quejas? ¿De qué?

Que nunca causa te he dado.

Pero si no puede ser

darla yo, que nunca causa

te ha dado mi estrella, ten

el paso, y dime: ¿qué es esto?

DON JUAN Traiciones tuyas, si bien
no siento que sean traiciones,
porque te llego a perder;
pues lo que llego a sentir
sólo —he de decirlo— es
que otro merezca en un día
lo que en siglos no alcancé
a merecer yo. Y en fin
me consuela en parte que
él no te ha llegado a amar,
pues te llega a merecer.

DOÑA ANA Si mi desdicha, don Juan,
se ha sabido disponer
otra evidencia aparente
que yo no alcanzo ni sé,
¿cómo he de desengañarte?
¿Cómo te he de responder?
¡Vive Dios, que te han mentido!

DON JUAN Es verdad, contigo hablé.

DOÑA ANA ¿Quién te lo dijo?

DON JUAN El galán
a quien tú vienes a ver.

DOÑA ANA Yo a verte a ti, don Juan, vengo,...

DON JUAN ¡Es verdad, dices muy bien!

DOÑA ANA ... porque supe que aquí estabas.

DON JUAN ¿De quién pudiste? ¿De quién?

DOÑA ANA Desa criada.

DON JUAN Por cuánto
llegara el testigo a ser
quien no fuera tu criada,
que criadas y amas tenéis
pacto explícito a mentir.

DOÑA ANA Ésta es verdad.

DON JUAN ¿Quién tal cree?

DOÑA ANA Quien quiere bien.

DON JUAN Pues yo quiero
muy mal por aquesta vez.

DOÑA ANA Pues muera de desdichada.

DON JUAN Y yo de infeliz también.

Dentro Arceo.

ARCEO ¡Abran aquí!

DOÑA LUCÍA (Esto es peor.)

DON PEDRO (No sé, ¡vive Dios!, qué hacer,
que don Hipólito viene.)

DON JUAN ¿Quieres, ingrata, saber
si me has mentido? Pues éste
el galán que buscas es.

DOÑA ANA Yo me huelgo de que sea,
puesto que no puede ser
el que busco, el que imaginas.
Abra, don Pedro; entre, pues,
y sepa don Juan que miente
el que contra mi altivez
bajo concepto ha formado.

DON JUAN ¡Plega a Dios! Y aquesta vez,
o por vivir o morir,
escuchándote estaré,
supuesto que es ya mi vida
el juego del esconder.

Escóndese. Abre don Pedro, y sale Arceo con una fuente con dulces de ladrillo.

ARCEO ¿Tanto tardan en abrir
a quien llama con los pies,
que es señal que trae algo
en las manos? ¡Vive diez,
que queda saqueada toda
la tienda del portugués!
Ya don Hipólito viene,
señora. Pero ¿qué ven
mis ojos? ¿Doña Lucía
en mi casa?

DOÑA LUCÍA (Aquesta vez,
por el chisme de una dueña,
muertes de hombres ha de haber.)

Sale don Hipólito.

DON HIPÓLITO (¿Si habrá don Luis llegado
con la silla? Sí, pues ver
puedo la dama. ¡Ay, amor!
Todo ha sucedido bien.)
Seáis, señora, bien venida
a este, aunque humilde, dosel
del mayo y el sol, ya esfera
de verdor y rosicler.

DOÑA ANA (¡Cielos! ¿Qué pasa por mí?
¿Éste el marido no es
de la que hoy se entró en mi casa?)

DON JUAN (¿Quién vio lance más cruel?)

DON PEDRO (Mal se va poniendo todo.)

.

DON HIPÓLITO Don Pedro, no tan penada
tengáis a esta dama: ved
que por vos no se descubre.

DON PEDRO Yo, por no estorbar, me iré.
(Mas será a estar a la mira.)

DOÑA ANA Don Pedro, no os ausentéis,
porque habéis de ser aquí
de cuanto pasare juez.
Caballero, a quien apenas
vi, pues si os vi, a penas fue,
ya que por vos las padezco,
¿conocéisme?

DON HIPÓLITO No y sí; pues
en este instante os conozco
y os desconozco también.
Conózcoos, pues que quién sois,
muy bien informado, sé;
y desconózcoos, señora,
porque desa suerte habléis.

Si os vi en el Parque primero,
y en vuestra casa después;
si para venir a hablaros
llamado fui de un papel;
y si habéis venido donde
yo os traigo, ¿cómo o por qué
así os extrañáis de verme
donde me venís a ver?

DON JUAN (¿Querrán doña Ana y don Pedro
que esto llegue a oír y ver,
y no salga? ¡Vive Dios,
que infamia del amor es!)

DOÑA ANA ¿Yo a veros a vos? Mirad
lo que decís: no busquéis
desengaños, que a vos solo
mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al Parque fui,
ni en él os vi ni os hablé.
Si os entrasteis en mi casa,
no me preguntéis a qué,
que aunque lo puedo decir,
vos no lo podéis saber,
que habéis de ser el postrero
que el desengaño toquéis.
Basta decir que engañado
estáis, y que me dejéis;
que puede ser sea causa
de todo vuestra mujer.

DON HIPÓLITO ¿Mi mujer? Ahora conozco
de qué ha podido nacer
vuestro enojo. Yo hice mal
en traerlos aquí. Haced
la deshecha norabuena,
pero no me acumuléis
que soy casado, que es susto
de que jamás sanaré.

DON PEDRO (Ya ni aun a mentir no acierta
doña Ana.)

DON JUAN (Ni yo a tener
paciencia. Pero, si salgo,
rompo de amistad la ley,
a doña Ana la destruyo,
y a mí me pierdo también
sin efeto, pues en medio
han de estar su criado y él,
y es hacer ruido no más,
dejando la duda en pie.
Pues sufrirlo es imposible,
que ¿quién ha podido, quién,
oír requebrar a su dama?
Haya un medio entre los tres,
como yo solo me pierda,
donde... Pero esto después
ha de decir el suceso.
Ya he visto cómo ha de ser.)

Vase.

DOÑA ANA Dejadme, señor, por Dios,
y porque mejor miréis
que huyo de vos, y lo más
a que se puede atrever
una mujer como yo,
a voces digo que quien
en este aposento está,
mi dueño y mi amante es,
y es a quien vine a buscar,
y es a quien yo quiero bien,
porque a vos no os escribí,
ni os vi en mi vida, ni hablé,
desmintiendo desa suerte
su peligro y mi desdén.

[Vase.]

DON HIPÓLITO Cerró la puerta. ¿Quién vio
más tramoyera mujer?

Desde el punto que la vi,
enredadora la hallé.

DON PEDRO (Bien cuerda resolución
tomó doña Ana, porque
con esto estorba que salga
don Juan, que es lo que a temer
llegué siempre.)

DON HIPÓLITO Estoy confuso,
y qué he de decir no sé.

Sale don Luis.

DON LUIS (Yo llego a muy buena hora.)
Don Hipólito, ahí está
aquella señora ya
en la silla.

DON HIPÓLITO ¿Qué señora?

DON LUIS La que esperáis.

DON HIPÓLITO ¿Qué decís?

DON LUIS Que tomó en San Sebastián
la silla, y que afuera están.

DON HIPÓLITO Engañado estáis, don Luis,
porque la dama a quien yo
vengo a ver ya estaba aquí
cuando vine.

DON LUIS ¿Cómo así,
si ahora conmigo llegó
en la silla la mujer
que hoy en el Parque topamos,
a quien seguimos y hablamos?

DON HIPÓLITO ¿Eso cómo puede ser,
si la misma, destapada,
aquí la he visto y hablado,
y en este aposento ha entrado?

DON LUIS No quiero deciros nada,
sino que entra ya.

DON HIPÓLITO ¡Por Dios,
que es rigurosa mi estrella!

Salen doña Clara y Inés.

DON LUIS Decí agora si es aquélla.

DON HIPÓLITO O es ella, o ellas son dos.

DON PEDRO ¿Veis, don Hipólito, veis
cómo la dama que estaba
hoy aquí, a vos no os buscaba?

DON HIPÓLITO Quitarme el juicio queréis.
Mujer dos veces tapada,
que a mi deshecha fortuna,
por si se me pierde una,
se me envía duplicada,
¿no me hablaste en el Parque hoy?
¿No eres tú la que seguí,
y la que en tu casa ví?
Confuso otra vez estoy.

Hace señas a todas las preguntas que sí, [y ahora se descubre].

DOÑA CLARA Yo soy, el mi caballero,
ya que descubierta os hablo,
aquella habladora muda,
por las lecciones de un manto;
que viendo que era muy poca
vitoria, muy poco aplauso
de toda aquesta mujer
un hombre no más, buscando
ocasión de que alcanzara
sola una parte del lauro,
le quise dar de ventaja
la discreción a mi garbo.
Bien pensó vuesa merced,
muy necio y muy confiado,
que tenía muerta al vuelo
la hermosura de los campos;
pues no, señor Para-todas,
y conozca escarmentado
que ha dado vuesa merced,
por lo entendido o lo raro,

mala cuenta de su amor,
pues deja este desengaño
vengada la hermosa Filis
de los desdenes de Fabio.
Pues cuando fuera verdad
que yo le amara; pues cuando
fuera verdad, y celosa
aquí le hubiera buscado,
el verme vengada sólo
me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy, con que haya visto
que los celos que me ha dado
han sido conmigo mesma;
pues nadie pudiera darlos
a este talle, que no fuera
su mismo desembarazo.
Envaine vuesa merced
todo ese grande aparato
de dulces de Portugal,
que le han salido tan agrios,
que no es la boda por hoy;
pero agradezca el cuidado
que en ella ha puesto el señor
casamentero del diablo;
que cierto que de su parte
nada faltó, porque ha estado
con mucha puntualidad
con la tal silla esperando,
y hizo muy bien el papel,
encareciendo el recato,
porque es amigo muy fino
del que es amante muy falso.
Con esto, adiós, y ninguno
me siga; que si echo el manto,
si vuelvo la calle, si otro
embeleco desenvaino,
les haré creer que soy
otra dama, aunque al estrado

me entre de una mesurada,
como esta mañana, cuando
le hizo creer que era otra
sólo un sombrero blanco.

Vase.

DON HIPÓLITO ¡Oye, aguarda, espera, escucha...!

DON LUIS ¡En toda mi vida he hallado
hombre de tan buena estrella
con mujeres!

DON HIPÓLITO ¡Que burlando
estéis, cuando estoy muriendo!
Deténte, Inés.

INÉS Será en vano,
que vamos muy enojadas.

Vase.

DON HIPÓLITO No sé qué hacer en tal caso...
Mas sí sé, que es apelar
de todo al desembarazo,
desengañando hoy la una,
y la otra después amando.

[Vanse don Luis y don Hipólito.]

DON PEDRO (¡Gracias a Dios, que con esto
ya los celos acabaron
de doña Ana y de don Juan,
pues todo lo han escuchado;
y mi amor, pues doña Clara
viene a Hipólito buscando!
¡Cielos, sin querer, he visto
mis celos averiguados!)

ARCEO Y si el galán y la dama
están ya desengañados,
aquí acaba la comedia.

DON PEDRO ¿Oístes ya el desengaño,
don Juan?

[Sale doña Ana.]

DOÑA ANA No soy tan dichosa
yo.

DON PEDRO ¿Cómo así?

DOÑA ANA Como cuando
yo entré, sólo vi un hombre
que atrevido y temerario
se echaba por la ventana
que hay, señor, a esos tejados.

ARCEO Pues no acaba la comedia.

DON PEDRO ¡Qué riguroso, qué extraño
afecto de amor y celos!
(Él iba a salirle al paso;
seguir a los dos importa:
no suceda algún fracaso.)

[Vase.]

DOÑA ANA Grande desdicha es la mía,
pues cuando vengo buscando
hoy, don Juan, finezas tuyas,
solas más desdichas hallo.
¡Cuando te siguen sospechas,
tú las estás esperando
firme, y vuelves las espaldas
si te siguen desengaños!
¿Qué mujer es ésta, ¡cielos!,
que hoy en mi casa se ha entrado?
¿Qué hombre es éste, que asegura
que yo le vengo buscando?
¡Oh, nunca en el tiempo hubiera,
oh, nunca hubiera en el año,
si es que la culpa han tenido
de enredos y enojos tantos,
las mañanas floridas
de abril y mayo!

JORNADA TERCERA

Sale don Juan como a escuras.

DON JUAN Nada me sucede bien.
¿Qué roca habrá que contraste
tanta avenida de penas,
tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
por testigo de mis males,
imposibles de sufrirlos,
ya posibles de vengarme,
celoso y desesperado
salir pretendí a la calle
a esperar a aquel galán
tan feliz que coronarse
pudo de tantos favores,
de dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana,
porque allí no me estorbasen
la venganza de mis celos,
presumiendo que era fácil,
ganando desde el tejado
de la puerta los umbrales,
y saltando de él a un patio
donde la ventana sale,
perdí el tino, y di a otra casa...
Pero parece que abren
una puerta, y entra gente,
y con las luces que traen
percibo mejor las señas.

¿Hay suceso semejante?
¡Vive Dios, que ésta es la casa
de doña Ana! ¡Si tomase
hoy puerto en el mismo golfo
esta derrotada nave!
Ella es; ¿qué he de hacer, cielos?,
que no es bien que aquí me halle,
y presuma que he venido
cobardemente a quejarme
de mis celos, sin vengarlos.
¿Hay confusión más notable?
¿Qué haré?, que no me está bien
ya ni el irme, ni el quedarme.

Escóndese, y salen doña Ana y doña Lucía con luz.

DOÑA ANA Quítame este manto. ¡Gracias
a mi fortuna inconstante
que me ha dado —¡ay, infelice!—
un solo punto, un instante
de tiempo para llorar,
de lugar para quejarme!
Y así, ya que estoy a solas,
sean tormentas, sean mares
mis lágrimas y mis quejas
entre la tierra y el aire.

DOÑA LUCÍA Señora, si dese modo
tan justos extremos haces,
triunfará de amor la muerte.
Consuelo tus penas hallen,
que para todo hay consuelo;
que si don Juan, por guardarle
a don Pedro aquel decoro
que debió a sus amistades,
se arrojó por la ventana,
ya en su seguimiento parten
don Pedro, Arceo y Pernía,
porque los dos no se maten.

DOÑA ANA Y cuando remedie —¡ay, triste!—
mi temor para adelante,
¿puede ya dejar de ser
lo que fue? ¿Pueden borrarse
de la memoria los celos
de la memoria los celos
en que yo no tuve parte?

DON JUAN (De cuanto yo desde aquí
puedo a las dos escucharles,
nada entiendo, y sólo entiendo
que temo que me declaren
mis congojas, mis desdichas,
mis recelos, mis pesares,
porque no es posible, no,
que un celoso sufra y calle.)

DOÑA LUCÍA Acuéstate, por tu vida,
porque en la cama descanses.

DOÑA ANA No hay descanso para mí,
fuera de que he de esperarle
a don Pedro, que le dije
que con lo que le pasase
en alcance de don Juan,
pues todos van a buscarle,
viniese a avisarme, y ya
parece que llaman. Abre.

Salen don Pedro, Arceo y Pernía.

DOÑA ANA Señor don Pedro, ¿qué hay?

DON PEDRO Que todo ha salido en balde.

DOÑA ANA ¿Cómo?

DON PEDRO No habemos hallado
a don Juan, y es bien notable
suceso, porque de aquella
ventana que al patio cae,
para salir al portal
hay una puerta, y la llave
está echada, de manera
que ha sido imposible hallarle,

cuando ni en mi casa está,
ni salir pudo a la calle.

ARCEO No le hemos buscado bien,
si va a decir las verdades,
porque a un celoso, señora,
lo ha de buscar el que hallarle
quisiere, ahogado en los pozos
o ahorcado por los desvanes.

PERNÍA Ya le he dicho que se meta
en juntar sus consonantes,
y no hable palabra donde
yo estoy.

ARCEO Quínola pasante,
también yo le tengo dicho
que de dar lanzadas trate,
y sacar, no para el toro,
para el lacayo el alfanje,
y no más.

DOÑA LUCÍA Entre dos ruines
sea mi mano el montante.

DON PEDRO No es posible hallarle, en fin.

DOÑA ANA Son mis penas, no os espante;
y bien dicen que son mías,
pues ellas disponer saben
tantas falsas apariencias
que me culpen y le agravien.
Plegue a Dios, señor don Pedro,
que Él me destruya y me falte,
si a aquel hombre vi en mi vida
sino hoy, que pudo entrarse
aquí tras de una mujer
a quien siguió desde el Parque,
y viome a mí. Mas ¿por qué
lo digo, ¡ay Dios!, si escucharme
no puede don Juan, y doy
satisfacciones al aire?

DON PEDRO Quedad, señora, con Dios,
que por si vuelve a buscarme

a mi casa, vuelvo a ella.

¿Qué mandáis?

DOÑA ANA No es bien que os mande,
que os ruegue sí que volváis
a la mañana a contarme
lo que hubiere sucedido.

DON PEDRO Quedad con Dios.

Vase.

DOÑA ANA Él os guarde.
Lucía, cierra esas puertas,
y entra después a acostarme,
que he de madrugar mañana,
porque he de salir al Parque
a hacer una diligencia.
¡Oh, si a este vivo cadáver
hoy ese lecho de pluma
sepulcro fuera de jaspe!

[Vase.]

DON JUAN (¿Al Parque mañana? ¡Ay, cielos!
No estos desengaños basten;
vuelvan atrás mis desdichas,
pues pasa el riesgo adelante.)

ARCEO De todos estos enredos,
de todos estos debates,
vos tenéis, doña Lucía,
la culpa, pues vos contastes
a vuestra ama que en mi casa
estaba don Juan.

DOÑA LUCÍA De tales
sucesos, quien me lo dijo
a mí tiene mayor parte,
que ya sabe quien me cuenta
a mí el suceso que sabe,
que es decirme que lo diga
el decirme que lo calle.

ARCEO Eres tan dueña, que puedes
servir desde aquí adelante
de molde de vaciar dueñas.

DOÑA LUCÍA Tú, escudero vergonzante.

ARCEO Eres dueña.

DOÑA LUCÍA Eres un loco.

ARCEO Eres dueña.

DOÑA LUCÍA Tú, bergante.

ARCEO Eres dueña.

DOÑA LUCÍA Tú, un bufón.

ARCEO Eres dueña.

DOÑA LUCÍA Tú, un infame.

ARCEO Eres más dueña.

DOÑA LUCÍA Tú, un sucio.

ARCEO Iten más, dueña; y no trates
de desquitarte, porque
no has de poder desquitarte.

DOÑA LUCÍA ¿Cómo no? Eres...

ARCEO Di, di.

DOÑA LUCÍA ... ¡mal poeta!

ARCEO Tate, tate.

¿Poeta dijiste? Adiós, dueña,
que ya quedamos iguales.

DOÑA LUCÍA ¿Desa manera te vas?

ARCEO Pues ¿qué quieres?

DOÑA LUCÍA Que te aguardes
aquí, mientras que mi ama
acaba de desnudarse,
y volveré a hablar contigo
un rato.

Vase.

ARCEO Aquí espero. Madres,
las que a los hijos paristes
para nocturnos amantes
de viejas, mirad en mí
las desdichas a que nacen.

Esperando una estantigua
estoy, confuso y cobarde,
aquí, donde mis suspiros
pueblan estas soledades.

Sale don Juan.

DON JUAN (Agora, desconfianzas,
es tiempo de aconsejarme
si esto que pasa por mí
son mentiras o verdades.
El recatarme me importa
de doña Ana; ella no sabe
que la escucho, y en suspiros
que mal pronunciados salen
desde el corazón al labio,
me ha dado ciertas señales
de que mi desdicha llora,
de que siente mis pesares.
Estos criados no pueden
engañarse ni engañarme,
puesto que Arceo a Lucía
la contó cómo ocultarme
pude en casa de don Pedro,
y ella a doña Ana, bastante
desengaño de que fue
entonces ella a buscarme.
Mas ¡ay de mí!, si es así,
como dicen señas tales,
don Hipólito ¿a qué efeto
dijo que él iba a buscarle,
o qué mujer es aquésta,
y en fin, para qué ir al Parque
mañana quiere doña Ana?
¿Para que a mí no me falte
cuidado? Pues, ¡vive Dios!,
que tengo de averiguarle.
Si aquí estoy, será imposible

que disimule y que calle,
 y imposible, si me ven,
 de que la ida del Parque
 averigüe; luego irme
 será lo más importante.
 Este criado a Lucía
 espera, y mientras no sale,
 no está cerrada la puerta:
 salir pretendo a la calle
 por seguirla donde fuere.
 Que me prendan o me maten,
 todo, todo importa menos
 que no que me desengañe.)

ARCEO Ya siento pasos. Lucía,
 seas bien venida; dame
 los brazos... ¡Barbada vienes!
 ¿Quién es?

DON JUAN Callad, que no es nadie.

ARCEO ¿Cómo no es nadie? Yo soy
 tan cortés y tan galante
 que antes creeré que sois muchos.
 ¡Ay! ¡Ay!

DON JUAN ¡Vive Dios que os mate
 si no calláis!

Dentro doña Ana.

DOÑA ANA ¿Qué ruido
 es aquél?

Sale doña Lucía, y topa con don Juan.

DOÑA LUCÍA Eres notable.
 ¿Es posible que tu miedo
 tan grandes extremos hace
 que des voces? Sal de presto,
 para que aquí no te hallen.
 Vente tras mí.

DON JUAN Vamos. (¡Cielos,
hasta que me desengañe,
he de callar, que ésta es
propia condición de amantes!)

Al entrarse, topa don Juan con Arceo.

ARCEO ¡Otro diablo! ¡Vive Dios,
que tienen aquestos lances
cosas de la Dama Duende!

Sale doña Ana, medio desnuda, con luz.

DOÑA ANA ¡Hola! ¿No responde nadie?
Mas ¡ay de mí!

ARCEO (Yo me embozo,
por ver si puedo excusarme
de que me conozcan.)

[Sale doña Lucía.]

DOÑA LUCÍA (Ya
no hay peligro que me espante,
pues ya está en la calle Arceo.
Mas ¿no es el que está delante?
¿Quién era, si él está aquí,
el que yo puse en la calle?)

ARCEO (Aquí muero.)

DOÑA ANA Caballero
que, recatado el semblante,
la noble clausura rompes
destos sagrados umbrales,
si necesidad acaso
te ha obligado a extremos tales,
de mis joyas y vestidos
francas te daré las llaves.
Ceba tu hidrópica sed
en sus telas y diamantes;

pero si, más codicioso
 de honor que de hacienda, haces
 estos extremos, te ruego
 (¡estoy muerta!) que no trates
 con tal desprecio (¡ay de mí!)
 el honor (¡estoy cobarde!)
 de una mujer infelice,
 sujeta a desdichas tales.
 Porque si osado a mi afrenta
 a aqueste cuarto llegaste,
 vive Dios, que antes que intentes
 hablarme palabra, que antes
 que ofenda al dueño que adoro,
 yo con mis manos me mate,
 porque si lágrimas solas
 no enternecen un diamante,
 rompiéndome el pecho yo
 le sabrá labrar con sangre.

ARCEO No labraréis, si yo puedo,
 que fuera mucho desaire
 ser pelícana una dama
 y ser labradora un ángel.
 Grandes casos de fortuna
 a vuestra casa me traen,
 no hacer mella en vuestras joyas
 ni a vuestra opinión ultraje.
 Y porque os aseguréis
 de mi término galante,
 segura quedáis de mí.
 Adiós, señora, que os guarde.

Vase.

DOÑA LUCÍA ¡Qué miro!
 DOÑA ANA ¿Fuese ya?
 DOÑA LUCÍA Sí.
 DOÑA ANA Echa a esa puerta la llave;
 y pues ya la blanca aurora

venciendo las sombras sale,
 no me quiero desnudar.
 ¡Ay, don Juan!, si esto mirases,
 ¿quién de que era culpa mía
 pudiera desengañarte?

Vanse, y salen Inés y doña Clara, de corto como primero.

INÉS ¿Al Parque vuelves?

DOÑA CLARA Rendida,
 sin ley, razón ni sentido,
 donde la vida he perdido
 vuelvo, Inés, a hallar la vida.

INÉS Bastante está lo sentido,
 y si yo no me he engañado,
 toda la gloria ha parado
 en que has, señora, advertido
 de ayer el raro suceso.

DOÑA CLARA ¿De qué sirviera negar
 con la lengua mi pesar,
 si con llanto lo confieso?
 Vana de que hallarse había
 don Hipólito burlado,
 le llamé, y su desenfado
 burló de la industria mía;
 que aunque es verdad que me dio
 satisfacciones que allí
 por mi respeto creí,
 Inés, por mi gusto no,
 pues no me pudo negar
 que fue donde otra mujer
 le llamaba, y mi placer
 se convirtió en mi pesar.
 Yo misma, ¡ay de mí!, encendí
 el fuego en que triste peno,
 yo conficioné el veneno
 que yo misma me bebí;
 yo misma desperté, yo,

la fiera que me ha deshecho,
 yo crié dentro del pecho
 el áspid que me mordió.
 Arda, gima, pene y muera
 quien sopló, conficionó,
 alimentó, despertó
 veneno, ardor, áspid, fiera.

INÉS Bien en tantos pareceres
 hoy dirán cuantos te ven
 que sólo queremos bien
 tratadas mal las mujeres.
 ¿Para qué habemos venido
 al Parque con tan cruel
 pena?

DOÑA CLARA A ver si viene a él
 don Hipólito.

INÉS Él ha sido
 por cierto muy lindo ensayo.

DOÑA CLARA Si hoy doy tregua a mis temores,
 yo os coronaré con flores,
mañanas de abril y mayo.

Vanse, y salen don Hipólito y don Luis.

DON HIPÓLITO En efeto, hasta su casa
 a doña Clara seguí,
 como visteis, y la di
 del engaño que me pasa
 satisfaciones, diciendo
 que ¿qué ofensa era ir a ver,
 llamado de una mujer,
 lo que mandaba? Y haciendo
 extremos de enamorado,
 que supe fingir muy bien
 —porque ya no hay, don Luis, quien
 no haga el papel estudiado—,
 la dejé desenojada,
 atenta a mi desengaño;

y, al fin, con su mismo daño
vino ella a ser la engañada,
pues mis extremos creyó,
siendo así, don Luis, verdad,
que vida, alma y voluntad
la doña Ana me robó;
porque una vez persuadido
de que me llamaba a mí,
y hallarla después allí,
me empeñó, y haber creído
que ella fue quien me llamó.

DON LUIS Vos tenéis lindo despejo.

DON HIPÓLITO ¿Fuera más cuerdo consejo
darme por vencido?

DON LUIS No.

Mas, a haberme sucedido
a mí lo que a vos con ellas,
jamás yo volviera a vellas
de turbado y de corrido.

DON HIPÓLITO ¡Fuera linda necesidad!

Puntualidades tenéis
tan necias, que parecéis
caballero de ciudad.

Mira si aquesta fortuna
a corrella te acomoda:
querer por tu gusto a todas,
por tu pesar a ninguna.

Salen doña Ana, vestida como doña Clara, y doña Lucía.

DOÑA LUCÍA Ya estás en el Parque; ya
decirme, señora, puedes
con qué intento deste modo
a su hermoso sitio vienes.

DOÑA ANA Si has de verlo, ¿para qué
que ahora te lo diga quieres?,
que es retórica excusada
decir las cosas dos veces,

y más cuando están tan cerca
de suceder, que presente
está el que vengo buscando.

DOÑA LUCÍA El hombre, señora, es éste
de los engaños de ayer,
si mis ojos no me mienten.

DOÑA ANA Por él lo digo; pues sólo
he salido a hablarle y verle
donde, por la obligación
que a ser caballero tiene,
desengañe mi opinión;
pues los que son más corteses
caballeros, siempre amparan
el honor de las mujeres.

DOÑA LUCÍA ¿Para aquesto de tu casa
al Parque, señora, vienes,
donde es una culpa más
si aquí acertaran a verte?

DOÑA ANA Don Juan está retraído
dondequiera que estuviere,
y solo a este sitio, donde
hay tal concurso de gente,
no se atreverá a venir;
y así más seguramente
es donde le puedo hablar.

DOÑA LUCÍA ¡Plega a Dios que no lo yerres!

DOÑA ANA Tápate, y llega a llamalle.

Di que una mujer pretende
hablarle, que se retire
del amigo con quien viene.

DOÑA LUCÍA Caballero, una tapada
a solas hablaros quiere,
que es la que miráis. Seguidnos.

DON HIPÓLITO (Doña Clara es: claramente
lo dice el traje. Otra vez
al engaño de ayer vuelve,
mas hoy no lo ha de lograr.)
¡Notable, vive Dios, eres,

pues que tan mal te aseguras
de quien te estima y no ofende!
Si buscas satisfacciones
mayores de las que tienes,
no he menester que me sigas,
pues en el alma estás siempre.
DOÑA ANA Por otra me habéis tenido;
en vuestras voces se infiere,
y quiero desengañaros
desde luego. ¿Conocéisme?

[Descúbrese.]

DON HIPÓLITO Otra vez me preguntastes
en otra ocasión más fuerte
eso mismo, y respondí
que sí y que no, y me parece,
pues siempre es una la duda,
dar una respuesta siempre.
Sí os conozco, pues que os miro;
no os conozco, porque suelen
los bienes pasarse a males,
y hoy al revés me sucede.
DOÑA ANA Seguidme hacia la Florida,
porque hablaros me conviene
donde estéis solo, y decidle
a ese amigo que se quede.

Vanse.

DON HIPÓLITO Don Luis, de nueva ventura
podéis darme parabienes:
doña Ana es esta tapada;
agora no puede hacerme
engaño, que yo la he visto
con mis ojos claramente.
¿Veis cómo fue la de ayer
esta misma? ¿Veis si vuelve

a buscarme? Aquí os quedad,
y murmurad, si os parece,
el haber dicho que tengo
buena estrella con mujeres.

Salen doña Clara y Inés.

INÉS (Don Hipólito está aquí.)

DOÑA CLARA (Pues no andemos más; deténte.)

DON HIPÓLITO Ya os sigo. Guiad, señora
doña Ana, donde quisiereis,
que yendo con vos, hermosa
deidad destos campos verdes,
cualquiera sitio será
la Florida, que le deben
a vuestros ojos de fuego
y a vuestras plantas de nieve,
púrpura y verdor las flores,
cristal y aljófara las fuentes.

DOÑA CLARA (Doña Ana dijo, ¡ay de mí!
Mas ¿qué nuevo engaño es éste?
Más no tarde en discurrillo
quien averiguarlo puede:
la Florida es el lugar
citado, y a él me conviene
llevarle.) Venid.

DON HIPÓLITO (¡Fortuna,
oh, cuánto mi amor te debe!,
pues seguro de los celos
de doña Clara, me ofreces
a doña Ana: triunfo hermoso
de tu gran deidad es éste.)

Vanse todos [menos don Luis], y sale don Juan.

DON JUAN (Hacia esta parte bajó
doña Ana, que entre la gente
que venía la perdí
de vista; pero no puede

escondere, y es verdad,
 pues cuando a mí me mintiesen
 tantas señas, me dijera
 verdad mi infelice suerte.
 Con don Hipólito va
 hablando. Ya no hay que espere.
 ¡Muera de cólera y rabia
 quien de amor y celos muere!

DON LUIS (¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
 Don Juan de Guzmán es éste.)
 ¡Señor don Juan de Guzmán!

DON JUAN ¿Quién llama? (¿Quién vio más
 fuerte confusión? Éste es don Luis.)

DON LUIS Dondequiera que yo viere
 a quien a mi sangre agravia
 y a quien mi opinión ofende,
 primero que con la lengua,
 sin ceremonias corteses
 le saludo con la espada,
 voz de honor más elocuente.
 Sacad la vuestra, porque
 con más opinión me vengue.

DON JUAN Yo no he rehusado en mi vida
 con la mía responderle
 a quien me habla con la suya;
 y si matarme os conviene,
 daos prisa, que si os tardáis,
 os podrá quitar la suerte
 otra herida, y no es capaz
 una vida de dos muertes.

DON LUIS No os respondo, porque ya
 hablar el acero debe.

[*Riñen.*]

DON JUAN (Con doña Ana entró en la huerta
 don Hipólito. ¡Oh, aleve
 pena! ¿Quién creará que allí
 me agravien, y aquí se venguen?)

DON LUIS Desguarnecióse la espada.

DON JUAN Daros pudiera la muerte;
pero, porque echéis de ver
cómo mi valor procede,
y cómo debí de darla
a vuestro primo igualmente,
pues el que fuera una vez
traidor, lo fuera dos veces,
porque ser uno cobarde
no es defeto que se pierde,
id por espada, que aquí
os espero.

DON LUIS (¡Trance fuerte,
pues quien me agravia me obliga,
pues me halaga quien me ofende!
Mas yo sé qué debo hacer.)
Esperad, que brevemente
volveré.

DON JUAN Ya veis el riesgo
a que estoy, si aquí me viesen;
y por quitarme del paso,
que ya lo veis que ya es éste,
dentro estoy de la Florida.

DON LUIS Antes de un instante breve
a ella volveré a buscaros.

Vase.

DON JUAN ¿Qué haré en penas tan crueles,
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente?
Cuando sigo un daño, otro
en mi seguimiento viene;
uno busco y otro hallo,
y en todos no sé qué hacerme,
que soy en un caso mismo
persona que hace y padece.
Si a don Hipólito sigo,

falto a don Luis neciamente;
 y si espero a don Luis, falto
 a mis celos. Mas ¿qué teme
 mi valor? ¿No es morir todo?
 Máteme el que antes pudiere,
 don Hipólito o don Luis,
 pues cosa justa parece,
 si me busca el que yo ofendo,
 que busque yo al que me ofende.

Vase, y salen doña Clara y don Hipólito.

DON HIPÓLITO En aqueste hermoso margen,
 en este florido albergue
 que la hermosa primavera
 a tanto estudio guarnece,
 podéis decirme, señora
 doña Ana, lo que a esto os mueve,
 pues ya sabéis que he de estar
 a vuestro servicio siempre,
 y no esa grosera nube
 tan bellos rayos afrente;
 amanezca vuestro sol,
 pues ya el del cielo amanece.

DOÑA CLARA Yo haré lo que me mandáis,
 que a conceptos tan corteses,
 que a discursos tan galantes,
 hace mal quien no obedece.

Descúbrese.

DON HIPÓLITO (¡Doña Clara es, vive Dios!)

DOÑA CLARA ¿Qué os admira? ¿Qué os suspende?
 Yo soy. Proseguid, que va
 el discursillo excelente.

DON HIPÓLITO Ni me suspendo ni admiro,
 sino sólo de que pienses
 que no te había conocido

y sabido que tú eres;
pero quíseme vengar
de que salgas desta suerte
de casa, trocando el nombre.

DOÑA CLARA ¡Oh, qué anciano chiste es ése!

DON HIPÓLITO ¡Vive Dios, que cuando dije
a don Luis que no viniese
tras mí, le dije quién eras!
Venga él, y si no dijere
que es verdad, castiga entonces
mis culpas con tus desdenes.
Yo voy por él, y dirá...

DOÑA CLARA ... todo cuanto tú quisieres.
No le llames.

DON HIPÓLITO Pues, ¿por qué?

DOÑA CLARA Porque es el Muñoz que miente
más que vos, del refrancillo.

DON HIPÓLITO No, no; mejor es que entre
a desengañarte. (Y no es
sino que yo busco este
desahogo, con que pueda
admirarme y suspenderme
de que de una mano a otra
así una mujer se trueque.)

Vase, y sale don Juan.

DON JUAN (De toda la Florida
la esfera de matices guarnecida
celoso he discurrido,
y hallar en ella —¡ay, cielos!— no he podido
mis celos. ¿Cuándo, cielos,
se hicieron de rogar tanto los celos,
que se esconden buscados?
Mas huyen porque están ya declarados...
¿No es aquélla doña Ana?
Vano es mi enojo, y mi venganza, vana,
pues sola la he topado.

¿Quién creará que es tan necio mi cuidado
 que me pesa de vella,
 no estando don Hipólito con ella?
 Volverme quiero, pero ¿cómo, cielos,
 podré, que son mis rémoras mis celos?)
 Fiera enemiga mía,
 falsa sirena y engañosa harpía,
 esfinge mentirosa,
 áspid de nieve y rosa,
 ¿dónde está aquel amante
 que tan firme te adora, tan constante,
 porque me venga en él de ti mi acero,
 y no en ti de él mi lengua?

DOÑA CLARA Caballero,
 vos venís engañado
 con tanta pena y tanto desenfado,
 pues ocasión no ha habido
 para que a mí tan necio y atrevido
 me habléis, sin conocerme, con desprecio.

[Descúbrese.]

DON JUAN Decís bien; atrevido anduve y necio.
 Por otra dama os tuve,
 que como a luna y sol guarda una nube,
 con embozos de sol hallé una luna.

 Perdonad, mi señora,
 que no hablaba con vos.

Sale doña Ana.

DOÑA ANA Yo puedo agora
 serviros de testigo,
 pues no hablaba con vos, sino conmigo.

DOÑA CLARA Pues si con vos hablaba,
 hable con vos, que aquí mi enojo acaba.

Vase.

DOÑA ANA Mucho me huelgo, don Juan,
de que hayáis llegado a tiempo
que os desengañen y engañen
a vos vuestros ojos mismos,
porque si vos padecéis
a un mismo instante estos yerros,
ya es fuerza que lo creáis,
como quien pasa por ellos,
pues pensar que lo que vos
creéis no puede otro creello,
es hacer más advertido
al otro, y a vos más necio,
y no hay ninguno que quiera
tan mal a su entendimiento.

DON JUAN ¡Oh, qué necio desengaño,
doña Ana! Pues cuando veo
que es verdad que me engañaron
mis ojos, también advierto
que el desengaño me ofende,
pues tú le traes a este puesto.
Luego engaño y desengaño
todo ha sido engaño; luego
no te puedes excusar
del agravio de mis celos,
pues hoy, como del engaño,
del desengaño me ofendo,
pues el engaño era agravio
y el desengaño es desprecio.

DOÑA ANA En haber venido aquí,
ni te engaño ni te ofendo,
pues por ti solo he venido.

DON JUAN Pues, ¿pudiste tú saberlo?

DOÑA ANA No, mas pude adivinarlo
desta manera, viniendo
por hacer que te buscara
don Hipólito.

DON JUAN ¿A qué efeto?

- DOÑA ANA A efeto de que te diese
la satisfacción él mismo.
- DON JUAN ¡Oh, qué necia prevención!
Porque cuando da muy necio
el que fue segundo amante
al que fue amante primero
de celos satisfacciones,
es cuando le da más celos.
- DOÑA ANA No hagas graduación de amores,
pues no soy mujer que puedo
tener primero y segundo.
- DON JUAN Calla, calla; que me acuerdo
de una noche... mas aquí,
más que yo, dice el silencio.
- DOÑA ANA Pluguiera a Dios las disculpas,
que yo desa noche tengo,
pudiera significarte,
pero puedo, si no puedo,
con decir que soy quien soy.
- DON JUAN ¡Ojalá bastara eso!
- DOÑA ANA Sí bastara, si me amaras.
- DON JUAN Porque te amo, no te creo.
- DOÑA ANA Pues ves aquí que en mi casa
anoche un hombre encubierto
estaba, que allí se entró...
- DON JUAN Di.
- DOÑA ANA ... de la justicia huyendo,
y, en efeto, enternecido
a mi llanto o a su esfuerzo,
se fue, y si le vieras tú
salir de mi casa, es cierto
que pagara yo la pena
de la culpa que no tengo.
- DON JUAN No hiciera, cuando aquel hombre
fuera un hombre como Arceo,
que es el que anoche en tu casa
escondido y encubierto
le tuvo doña Lucía.

DOÑA LUCÍA (¡Por Dios, que me ven el juego!)
 DOÑA ANA ¿Qué dices?
 DOÑA LUCÍA Lo que es verdad.
 DOÑA ANA ¿Hay tan grande atrevimiento?
 DON JUAN Pero siendo un hombre noble
 el que entonces quedó muerto,
 y abriendo con llave, no
 entraba... Pero no quiero
 pronunciallo, por no ser
 víbora yo de mi aliento.
 Quédate a Dios, que te guarde,
 doña Ana, para otro dueño;
 que son muchos desengaños
 para un hombre que va huyendo.
 (Por esperar a don Luis
 solo me voy y me quedo.)

Vase.

DOÑA ANA ¡Tente, espera, escucha, aguarda!...
 DOÑA LUCÍA (¿Quién diría mis secretos?)

Sale don Hipólito y atrás doña Clara.

DON HIPÓLITO No pude hallar a don Luis
 en todo el Parque;...
 DOÑA CLARA (Yo vuelvo
 tras don Hipólito, a ver
 en qué paran sus enredos.)
 DOÑA LUCÍA (¡Que hubiese tan mala lengua!)
 DON HIPÓLITO ... pero, ¡vive Dios!, que es cierto,
 Clara, que te conocí
 desde el instante primero.
 DOÑA ANA No hicisteis, porque si hubierais
 conocídomme, sospecho
 que no os debiera mi honor,
 don Hipólito, estos riesgos.
 Advertid que habláis conmigo.

[*Descúbrese.*]

DON HIPÓLITO ¿Qué tramoya es ésta, cielos?

DOÑA CLARA No hablaba sino conmigo.

Como vos dijisteis, puedo
decir yo, que yo también
quien hable conmigo tengo.

DON HIPÓLITO (¡Vive Dios, que me han cogido
por hambre las dos en medio!)

DOÑA ANA Pues aunque vos me imitéis
a mí, imitaros no puedo
yo a vos, que no he de dejaros
sin averiguar primero
un engaño con los dos.

DOÑA LUCÍA (¡Que haya en el mundo parleros!)

DON HIPÓLITO Pues, ¿qué esperáis?

DOÑA ANA Un testigo
que ha de oírlo y ha de verlo,
y él viene ya, que esta sola
piedad al cielo le debo.

Salen don Pedro, Arceo y don Juan.

DON PEDRO No habéis de ir desafortunada,
ya que en el Parque os encuentro,
después que toda la noche
os busqué.

DON JUAN Mirad que tengo
que hacer, que me va el honor.

DON PEDRO Oíd a doña Ana primero.

ARCEO (¿Qué hay, Lucía?)

DOÑA LUCÍA (Parlerías.
Ya todo se sabe, Arceo.)

DOÑA ANA Gracias a Dios que llegáis,
don Juan, una vez a tiempo
que mi verdad me ha informado.
Decid, doña Clara, ¿es cierto
que ayer fuistes a mi casa

de don Hipólito huyendo,
y que él creyó que yo fui
la tapada?

DOÑA CLARA Sí, y queriendo
cortesantemente hacerle
una burla, escribí luego
un papel en vuestro nombre,
y en la casa de don Pedro
le fui a ver, donde pasó
lo que proseguirá él mismo.

DOÑA ANA Con esto, don Juan, he dado
los desengaños que puedo.
El cielo en los otros hable,
pues sólo los sabe el cielo.

Sale don Luis.

DON LUIS Señor don Juan de Guzmán.

DON PEDRO Peor se va poniendo esto.

ARCEO ¡Por Dios, que le ha conocido
don Luis, el primo del muerto!

DON HIPÓLITO ¿Éste es don Juan de Guzmán?
El no conocerle siento,
para haber en vuestra ausencia
hecho...

DON LUIS Esperad, teneos;
que este duelo ha de vencer
la hidalguía y no el acero.

DON JUAN Pudiérades esperar
a verme solo en el puesto.

DON LUIS Importa que haya testigos
para lo que hacer intento.
A que fuese por espada,
que se me quebró riñendo
con vos, me disteis lugar;
si tardo, disculpa tengo,
pues por haberos escrito
este papel, me detengo.

- De la causa en que soy parte,
éste es el apartamento,
que si deudor de una vida
erais mío, noble y cuerdo
me la disteis; contra vos
derecho ninguno tengo.
Y si entonces no lo hice,
fue porque allí, no teniendo
espada, no presumierais
que os daba el perdón de miedo;
y así os lo entrego, don Juan,
cuando en la cinta la tengo.
- DON JUAN No sólo me dais la vida,
sino el honor; y pues viendo
estáis la dama que fue
la ocasión deste suceso,
ella os pague con los brazos
lo que con alma no puedo.
- DOÑA ANA Pues con vuestras amistades
todos las nuestras hacemos.
- DOÑA CLARA No hacemos, porque si ya
no tengo quien me dé celos,
no tengo a quien quiera bien.
- DON HIPÓLITO Pues, ¿hay más de no quererlos?
- DOÑA ANA Arceo y doña Lucía
se casen luego al momento.
- ARCEO ¿Mas que nace el Antecristo
de Lucías y de Arceos?
- DON JUAN *Mañanas de abril y mayo*
dan fin: perdonad sus yerros.

FIN

